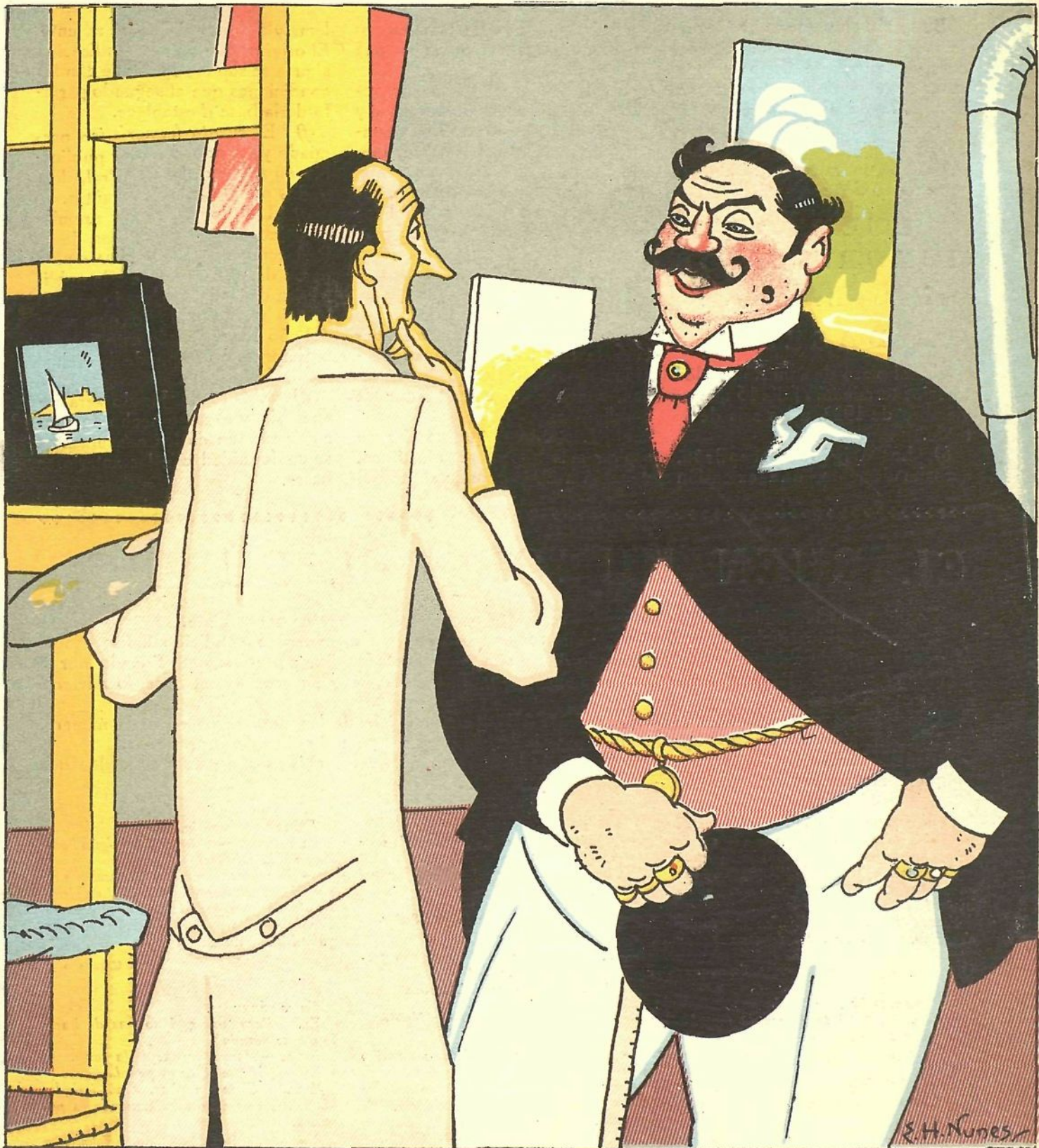


BUEN HUMOR



NUEVO RÍCO

- ¿Usted se dedica a hacer retratos en miniatura?
— Sí, señor.
— Perfectamente; pues hágame el mío, pero desearía que fuera una miniatura en grande, en tamaño natural...

Dib. NUNES. — Cruz Quebrada (Portugal).

CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

BUEN HUMOR, que es hoy la primera revista satírica de España, perseverando en su deseo de no limitar sus columnas a los literatos y dibujantes de prestigio cuyas firmas avaloran los números publicados, con objeto de abrir sus páginas a toda nueva colaboración, organiza este Concurso de

CUENTOS HUMORÍSTICOS

con arreglo a las siguientes

BASES

a) El plazo de admisión de los trabajos terminará el día 15 de noviembre de 1922, a las seis de la tarde.

b) Los originales tendrán, aproximadamente, una extensión

de seis cuartillas de tamaño corriente, escritas a máquina por una sola cara.

c) Los originales irán encabezados con un seudónimo o lema, y se acompañarán de un sobre cerrado que contenga el nombre, apellidos y domicilio del concursante.

d) Un Jurado competente, cuyos nombres se harán públicos oportunamente, concederá un premio de

200 PESETAS

al mejor *cuento humorístico*.

Además, propondrá a la Dirección de BUEN HUMOR la adquisición de los originales que lo merezcan, conviniendo con el autor las condiciones.

e) Los autores que no deseen aspirar más que al premio único, deberán hacerlo constar al pie del

lema y al frente del sobre adjunto. El original que no lleve indicación alguna se supone conforme con las condiciones que el segundo párrafo de la base d establece.

f) El *cuento humorístico* premiado y los adquiridos se publicarán en nuestra plana central, ilustrados por notables dibujantes.

g) Los originales no premiados deberán ser recogidos de la Redacción de BUEN HUMOR, a partir del día siguiente a la publicación del fallo del Jurado en esta revista y dentro de lo que reste del año 1922. Pasado este tiempo, la Empresa no responde de dichos originales.

h) El fallo del Jurado será inapelable, y el mero hecho de concurrir supone en los concursantes su conformidad con las anteriores bases.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

EL PROFESOR. — *Le he llamado a usted para decirle que su hijo no puede seguir en el colegio por lo mucho que adelanta...*

EL PADRE. — *¡Caramba! Yo cada día le encuentro más torpe; así es que no sé lo que adelanta...*

EL PROFESOR. — *El reloj... en cuanto me descuido, para salir antes de clase.*

FESTIVO.

En una estación.
— *Manolo, ¿qué te parece la marcha tan violenta que lleva este maquinista?*
— *Debe de ser aquél, que es músico, ¿verdad?*
— *¿Qué tiene que ver?*
— *Caramba, ¿no ves que lleva la Marcha de... Cádiz?*

JOSÉ LLOVERA. — *Tarragona.*

En una sala de juego.
— *¡Qué mala suerte!... ¡He perdido siete cartas seguidas!*

EL COMPAÑERO (con calma). — *¿Por qué no las has certificado?*

A. G. S. — *Sevilla.*

— *¿Cómo se llama una mujer con gracia cuando sale a la calle?*
— *Pues Rosa, porque sale...-rosa.*

DIÓGENES. — *Madrid.*

— *¿Cuál es el ex torero que ha tenido mejor escuela?*
— *El Guerra. ¿No han oído ustedes nunca hablar de la Escuela Superior de Guerra?...*

AB-EL-SIKUELA. — *Granada.*

En una perfumería.
EL CLIENTE. — *¿Tiene usted algún líquido para la calvicie?*

— *Sí, señor; tengo uno de excelente resultado, con la ventaja de que, si en término de un mes gasta usted doce frascos, devolviéndolos vacíos, el fabricante le regalará una peluca.*

EMILIO CARRASCO.

Entre cónyuges.
EL. — *Pero ¿por qué no has de hacer lo que te mando?*
ELLA. — *Porque no me da la gana.*
EL. — *¡Es que si me empeño!...*
ELLA. — *Si te empeñas, como, indudablemente, eres una alhaja, vendo la pa-peleta.*

JOSÉ GÓMEZ POLO. — *Valencia.*

Ha quedado desierto el premio correspondiente al número anterior.

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de octubre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el primer sorteo del próximo diciembre.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

13. — En las piedras preciosas.

C NODRIZA PICIO

14. — Frase de los barrios bajos.

R oprime el hotón de un timbre A
EN LA NAVAJA

NEGACIÓN 100 NOISVGEN

Sombrero de cura.
Sombrero de cura.

CUPÓN

correspondiente al número 46
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de noviembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de octubre, insertos en esta

15. — En los exámenes para cadetes.

— Oye tú, D: ¿es cierto que tu hermanita se ha fugado con un esquimal?

D, por toda contestación, da a su amigo S un tremendo mamporro.

16. — Para mesilla de noche.

(Entre cuñaditos.)

— ¡Y quieres que no *cuarta* con las ocurrencias de *dos-dos*!

— No me molestas con eso. Además, todo es tolerable a una muchacha como tú, que morirás vieja y con la *prima-dos*.

— Eres un groserote. Pero yo *tercia-dos-cuarta* en cuenta tus san-deces, si no me compadeciese de esa santa de *dos-cuarta* que tienes por esposa y que nos está oyendo.

— Tú, *dos-cuarta*, coge la *todo* y vámonos, que tu hermanita nos va a dar el mitín.

.....
En el próximo número publicaremos el resultado del Concurso de pasatiempos del mes de septiembre.

página. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 19 de noviembre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agradecidos con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

17. — La solución se arma.

T Z ATITITA

18. — Pasar sin permiso.

APÉNDICE

R

DIGNIDAD DE OBISPOS

Bebida fuerte.

GRACIA

CUPÓN NÚM. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de octubre.



Si quiere usted experi-
mentar una sensación
agradable á la par que
higiénica, fricciónese
después del "sport"
con

AGUA DE COLONIA AÑEJA

Frasco, 2,50

Perfumeria Gal

MADRID

LOTERÍA NACIONAL

¿A QUIÉN LE DOY LA SUERTE?...



El premio *gordo* de la lotería nacional es la síntesis de las aspiraciones de todo buen español. Espíritus ingenuos y superficiales, poco dados a la reflexión, creen que el referido premio son unos miles de pesetas o de duros; pero casi podemos asegurar, basados en informaciones que hemos tenido la incomodidad de recoger, que yerran los tales en su creencia.

Veamos. El amigo Berúlez juega el billete entero del número 10.383, que, como pueden apreciar ustedes, no es capicúa; pero cuyas cifras, sumadas, arrojan un total de quince: la niña bonita, el número mascota de Berúlez. Berúlez cree firmemente que su billete ha de salir premiado con el *gordo*, y lo hace saber así a sus amigos, a quienes galantemente, en compensación, les concede la posibilidad del segundo premio.

Se celebra el sorteo. El primer premio corresponde al número 21.741. Berúlez, al enterarse, expele un juramento, y repasa seguidamente la lista de premios. Su número no figura en la lista.

Ya calmado, hace una observación importantísima. El número premiado suma quince, lo mismo que el suyo. Berúlez robustece su creencia de estar en lo firme, de que el premio *gordo* había de tocar en uno que sumara quince, sólo que él no tuvo la precaución de adquirir el 21.741, culpa que, en realidad, no es suya, sino del amigo Rubiano, que fué quien le envió el billete.

Empero Berúlez no quiere reconocer la equivocación ante sus convecinos, y para aminorar su fracaso, lanza una teoría que acogemos con las naturales reservas.

El número 21.741, según Berúlez, no existe; mejor dicho, no existe el poseedor del número referido. ¿Cómo pue-

de ser eso? ¡Ah!... Trapacerías de la política, que todo lo infecta, subterfugio de los gobernantes.

¿No han observado ustedes que el premio *gordo* unas veces va a parar a La Habana o a Chile, otras a manos de un señor que adquirió el billete en Pamplona o en Badajoz, cuyo señor se trasladó después a Rusia o al Japón, y nunca hay manera de saber quién recibe las pesetas del premio?

— Es verdad — comentan los oyentes —; pero algunas veces...

Algunas veces se dan a la publicidad unos nombres, ¿no?... Pues bien: esos individuos que aparecen como agraciados son unos desgraciados. Me explicaré.

El Estado tiene a sueldo a unos se-

ñores para que digan que les ha tocado el *gordo*, y poder así inspirar confianza a las gentes. Eso es todo.

A pesar de estas apreciaciones, Berúlez vuelve a escribir a su amigo Rubiano para que le envíe el billete del 10.383, que tampoco resulta premiado en el sorteo correspondiente. Berúlez ya no puede tolerar esto. El caso se le muestra simplemente como una mezquina venganza política, pues tiene noticia de que el alcalde reprobó aquellas manifestaciones que hiciera él ante unos amigos.

Es cuestión de luchar, y se apresta a la lucha. Berúlez tiene dinero suficiente para imponerse al 10.383, y encarga a Rubiano que para todos los sorteos le envíe el billete de dicho número.

Su amigo Rubiano trata de convencerle de que la mejor lotería es no jugar. Rubiano no juega nunca. Pero Berúlez llega al vértigo: se ha embozado en el caos, y pierde hasta la última peseta, sin ver ni una vez su número en la lista de los premiados.

Ante la ruina y el desprestigio, se pega un tiro.

Rubiano ve con asombro que desde el pueblo le reexpiden la carta que enviara a Berúlez.

— ¡Qué extraño! — piensa —. La carta y el billete, sin unas letras de Berúlez. Bien; ya se aclarará el misterio.

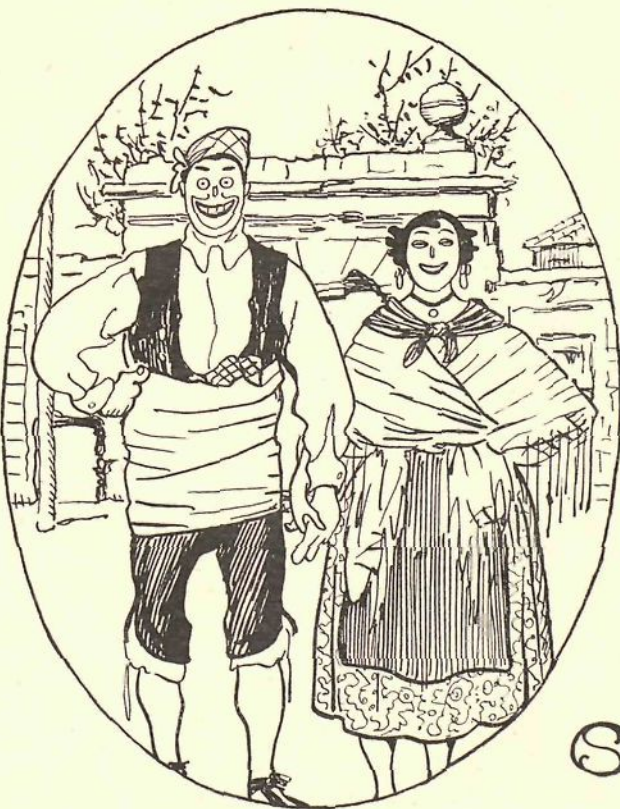
Y guarda en su mesa el billete y la carta.

Al día siguiente se entera de que su amigo se ha suicidado y de que el número premiado con el *gordo* es el 10.383.

— ¡Pobre amigo! — exclama —. Si hubiera tenido un poco de paciencia... Ya le decía yo que la mejor lotería era no jugar, como yo hago. En fin, iremos a cobrar estos durillos del premio...

Y guardó cuidadosamente en la cartera el billete del número 10.383.

A. MARTÍN BECERRA



Dib. SILENO. — Madrid.



ENTRE MICOS

Dib. LLANO. — Madrid.

— ¿Por qué me miras de ese modo, Facundo?
— Porque cada día te encuentro más mona.

¡¡A LA JOTA, JOTA!!...

Por RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO

Es más difícil hallar
una mujer de su casa,
que una suegra de *güen* temple
o un *gurrion* con cuatro patas.

✂ ✂ ✂

Si un día ves a mi burra
que está *juegando* al *guiñote*,
arréale un estacazo,
aunque te dé un par de coces.

✂ ✂ ✂

No te *paices* a tu madre
ni de frente ni de *lau*:
que tú eres un pan «de cinta»,
y ella un «ocho» *amacerau*.

✂ ✂ ✂

Dende que mi «maña» sabe
que me gustan las borrajas,
no *s'ha güelto* a *resurar*
la pelusa de la cara.

✂ ✂ ✂

Dile a tu padre, «mañica»,
que se guarde sus dineros,

que con *tú* y una «galdrufa»
me quedo tan *sastifecho*.

✂ ✂ ✂

Quando sales al corral
y te subes a la higuera,
corren todas las hormigas
sólo *pa vete* las piernas.

✂ ✂ ✂

¿Tocan *pa riñir*? Pues ¡halal!
¿Tocan *pa bailar*? Pues ¡amos!
Ya *t'hi* dicho muchas veces
que «al son que me tocan, bailo».

✂ ✂ ✂

¡Ojalá vaya tu madre
a *encorrer* los cabezudos,
y sea yo *El Verrugón*,
y tenga la tralla un *nudo*!

✂ ✂ ✂

Con un mozo *d'otro* pueblo
no te cases nunca, «maña»,
que a la mujer *d'El Forano*
ya sabes cómo la llaman

"En el seno de la muerte"

o

El «début» de Milagritos.

Milagritos no había nacido para el almidón y la plancha, por la misma razón que Alcalá Zamora no había nacido para ministro, aunque lo ha sido. Eso lo sabía ella desde antes de la lactancia, y lo ignoraba, desde la pubertad, la *señá* Amparo, su madre, una empingorotada ex cigarrera, que en eso de definir temperamentos artísticos era un ferrocarril de cremallera con faldas y corsé faja.

Y era inútil que la chiquilla, puesta en jarras y puesta en protagonista de drama calderoniano, gesticulase congestionada, con la plancha en el vacío, queriendo convencer a la cómplice de sus diez y ocho primaveras de que ella había arribado al mundo para dejar en enaguas a la Patti; cada vez que la muchacha, muy a lo María Guerrero, le gritaba a su madre:

— ¡Que a mí no me tira la plancha!

La *señá* Amparo replicaba axiomáticamente:

— ¡A ver si te la tiro yo a la cabeza, y te la tienen que sacar con un escoplo!...

— ¡Pues a mí no me tira, ea!... ¡A mí no me tira más que el arte en *toas* sus ramas!...

— ¡Pos ándate por las ramas, y verás si te hago yo caer de un nido..., so volátil!...

Cuando el regaño tomaba estado parlamentario, o séase ambiente de sesión en la Alta Cámara, Milagritos, que conocía a su progenitora mejor que el *Juan José*, de Dicenta, tascaba el freno artístico con más resignación que sufría los efectos del *árnica*, y se retiraba a un rincón de su cuarto a morder el agarrador, con la misma furia que si mordiese al traidor de un drama de Echegaray.

Y así iba pasando el tiempo, poco a poco: Milagritos soñando con ser una tiple, no ligera, sino veloz, con más beneficios que un accionista de la Tabacalera, y la *señá* Amparo delirando por asentar a su pimpollo en el áureo y brillante trono del reino del almidón.

Pero como una ambición noble no se resigna a morir estrangulada como un parricida de romance callejero, Milagritos no se avenía a sofocar, en el fondo de su cascabelero corazón, los ímpetus dramáticos que en él se agazapaban aterrados por las voces de la *señá* Amparo; y ni corta ni perezosa se decidió a lanzarse a la escena, fuese como fuese, aunque luego la autora de sus días se convirtiese en la autora de las lesiones, que la retendrían en la cama en posición de decúbito supino y escayolada.

Y llegó la anhelada ocasión de demostrar su genio artístico y de dar pie para que su madre demostrase el suyo de domadora africana.

Varios aficionados del barrio, capitaneados por Enrique (novio de la futura

Barrientos), un muchacho carpintero que tenía muchas tablas, organizaron un beneficio en el Coliseo de Lavapiés; y no encontraron a mano actriz dramática de más fuerza que la pizpireta planchadora, la cual, dispuesta a jugarse el porvenir artístico a una carta y las narices a un puñetazo, no dudó en correr la aventura, aceptando el papel de protagonista, satisfecha de hallar, al fin, una ocasión en la que poder demostrar su dramática nativa y escalofriante.

Y como los aficionados eran más intrépidos que el duque de los Abruzos, eligieron para presentación de compañía una obrita ligera: *En el seno de la muerte*.

Milagritos no se arredró por ello al saberlo; muy al contrario. Decidida a todo, recogió el papel de protagonista de *En el seno de la muerte*, se lo metió en el seno y dijo:

— ¡Dios me acoja en el suyo!

La suerte estaba echada, y la *señá* Amparo también estaba echada cuando recogió el papelito, por lo cual la cosecha de golpes sufrió un aplazamiento transitorio, pero no definitivo.

Y allí fueron los apuros y sobresaltos para los ensayos. Tenazmente vigilada, no tuvo otro recurso para ello que ensayar a escondidas, en la intimidad de su alcoba, cuando la *señá* Amparo roncaba despiadadamente.

Mas cierta noche la ex cigarrera despertó sobresaltada. A su oído llegaban suspiros entrecortados y la voz de su hija, que decía con acento cavernoso:

«¡Mal que os pese y mal que os cuadre, oiréis la voz de mi madre!...»

— ¡Milagros!... — gritó.

— ¡La voz de mi madre! ¡Me la he cargao! — murmuró aterrada la joven, metiéndose en el lecho sin soltar el libreto.

— ¿Con quién hablabas?

— És que soñaba.

— ¡Pos a ver si te voy a quitar los delirios a *mamporros!*...

Milagros no contestó; pero *in menti* siguió repasando aquel parrafito con que su novio habría de igualarla en gloria y aplausos.

Y llegó la noche de la solemnidad artística, y vinieron los apuros para burlar la vigilancia de la *señá* Amparo y que no se escamase por la prolongada ausencia de su pimpollo.

La maestra de la muchacha fué la encargada de resolver el conflicto. Había que velar hasta las dos de la mañana, y como el caso era corriente en el oficio, la ex cigarrera no sospechó el engaño.

Pero como este mundo es una vil *pro-sodia*, no faltó un alma caritativa que a la hora del espectáculo le fuese con el soplo a la vieja, la cual puso el grito en el cielo, y puso a su hija como no digan dueñas, ni aun rabaneras del mercado de la Cebada.

Y ebria de coraje y de cazalla, cogió

el mantón, cogió la puerta, cogió... un garrote que tenía detrás de ella, y allá se fué a ver el espectáculo, y a dar el ídem si llegaba el caso...

✂ ✂ ✂

La jornada artística había sido gloriosa para la futura rival de Margarita Xirgu. Milagritos, hecha una leona del siglo de oro, recitó sus quintillas con una fuerza dramática que había levantado al público de sus asientos, con asiento y todo. Y llegó el acto tercero. El silencio era de sepulcro vacío. El auditorio, con el corazón, no en un puño, sino en una bocamanga, escuchaba embelesado a Enrique aquello de

«¡Mal que os pese y mal que os cuadre, oiréis la voz de mi madre, que me dice...!»

— ¡¡Ladrón!... — rugió una voz entre bastidores.

— ¡Mi madre! ¿Qué pasa? — gritó Enrique, llevándose las manos a la cabeza al tiempo que caía de ídem.

Lo que había pasado era un garrote al filo de sus narices, y detrás, la *señá* Amparo, que, recogiendo el mandoble del protagonista, y sin respeto a su por-

te guerrero, la emprendió a cintarazos con su futuro yerno, gritando:

— ¡Toma, sinvergüenza, pa que no vuelvas a embobalcar a mi hija con novelitas!...

Cuando el público pudo intervenir en el no anunciado drama y reducir a la obediencia a la irascible ex cigarrera, la tragedia estaba consumada. Enrique se encontraba en situación de anunciar la pérdida de sus narices, gratificando bien para recuperarlas, y Milagritos tenía el cuerpo que parecía el palacio del Vaticano en día de conclave para elegir Papa.

✂ ✂ ✂

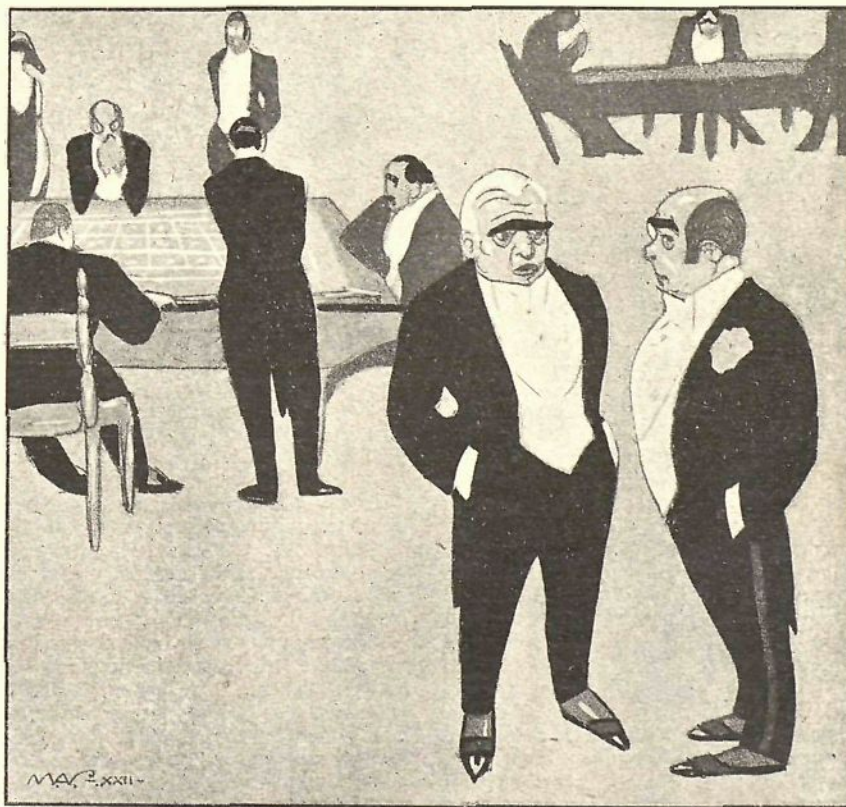
La frustrada primera actriz estuvo quince días en cama, si la dañaba o no. Cuando, al fin, se levantó convaliente, una amiga suya, que nada sabía de la aventura, le dijo al verla tan demacrada:

— Chica, ¿qué te pasa?... ¿Has *estao* a las puertas de la muerte?...

Y Milagritos, que recordaba el cine-drama con la misma emotividad que si lo estuviese viviendo, replicó:

— ¿A las puertas, dices?... ¡No, hija, en el seno, en el propio seno de la muerte!...

FIDEL PRADO.



ENTRE BOLSISTAS

Dib. MAS. — Madrid.

— ¡Estoy arruinado!...

— ¿Has perdido en los marcos?

— No; ahí, en los cuadros...



«¡Pisa, morena,
pisa con garbo!...»

Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

EL ÚLTIMO GRITO DE TERPSÍCORE

EL "HOG-TROT"

Mister Gordinflón, un rey del tocino, visitando sus vastas pocilgas del Far-West, se enamoró perdidamente — «como un burro», para emplear sus propias palabras — de su porquerida Antonia Gómez, una linda rapaza, cuyo progenitor, encargándola a París en Castro Urdiales, fué a recibirla y a buscarle el mendrugo del otro lado del charco, en las cochineras del Tío Sam — ¡Es una hermosa jaca, no cabe duda! — formularía para sus adentros mister Gordinflón, apenas echase la vista encima al gentil pimpollo de sus porqueros los Gómez — ¡Una hermosa jaca!

Y arreándola multimillonariamente, la llevó consigo a la metrópoli del cerdo, y allí la desposó por lo morgánico.

Meses después de la ceremonia — la cual fué, por cierto, sumamente curiosa y divertida, pues mister Gordinflón te-

nia amputada la mano izquierda, y hubo que fabricarle una de caucho para dicha solemnidad —, el rey del tocino (cosas de allá) moría de repente — repentinamente —, arruinado, en Rascaciélopis.

La ex reina consorte humedeció un poco su pañuelo delante de los periodistas; pero como en aquel país de la prisa todo se hace rápidamente, su desconsuelo, acomodándose a los usos nacionales, cesó en el momento en que los visitantes se retiraron.

Antonia Gómez ya tenía formada su decisión: de los cerdos había vivido hasta entonces, tanto de casada como de soltera, y ellos, consecuentemente, serían el amparo de su viudez. Los consideraba sus protectores natos, y antojábasele una ingratitud digna de todo oprobio repulsar y desagradecer tal patrocino.

Pero como sus lutos de reina viuda no eran, evidentemente, traje apropiado para la guardería de las pjaras, resolvió encaminarse al templo del Arte, y coro-

nándose diva saltatriz, ser como la embajadora e intérprete coreográfica de la raza porcina.

Y así, felicisimamente, lo hizo.

Su aparición en París, primero, después en Chicago (que ella repugna nombrar de esta manera, según nos informan, creyéndolo poco distinguido, y pronuncia *Chidefeco* y *Chidepongo*), fué un suceso sensacional que repercutió, no sólo «en Cantón», sino en los cantones todos del Globo.

El *hog-trot* — el trote del cerdo —, baile lanzado por la viuda de mister Gordinflón, e inmediatamente puesto de moda en los *parquets* del *snobismo* mundial, es una creación de lo más vigesimista, y dará muy pronto la vuelta al mundo, siguiendo las huellas de los osos trotones y los camellos danzantes.

— ¿En qué consiste el *hog-trot*? ¿Cómo se baila? — inquirirán, seguramente, más de un lector y de dos lectoras.

Una estrella de *music-hall*, la bella Dora Lina, nos lo dice:

«El *hog-trot* es lo más bien de los bailes *dernier cri*, marchamados con el *chic* y el *esprit parisien*.

Es lo más *requetebién*.

«El *hog-trot* es una danza de lo más último grito y del más alto copete, y al que a sus giros se lanza no debe importarle un pito apretar lo que le pete.

«El *hog-trot* es un danzón de la Unión, un danzón

de una enorme distinción, muy *chic*, muy *bien*, *archibién*, un danzón *requetebién*,

el danzón que los cerdos de la Unión (con perdón) han creado a imitación de los bailes de salón.

«De bamboula tiene un poco, puede ser que algo de jiga, y quizá algo de zorcico, y se baila con descoco, barriga contra barriga, y un hocico en otro hocico.

«Es una cosa brutal, es bestial, es ideal,

es un baile sin igual, que bailan hoy por igual los marranos de la Unión (con perdón)

y las chicas *bien* y *mal*, cada cual, cada cual en su salón, y hasta en un mismo salón.»

Primeramente, el trote del oso; después, el paso del camello; ahora, el trote del cerdo... De suponer es que pronto tengamos el salto de la rana, la fuga del canguro, la chapuzada del hipopótamo; y que el oso, el camello, el cerdo, la rana, el canguro y el hipopótamo adoptarán el vals, la habanera, la jota aragonesa, el minué, la pavana y el rigodón.

MANUEL GALÁN.

Canard-sur-Mer, octubre de 1922.

Se hará lo que se pueda.

Don Roberto Ruíz de la Rodela está loco de contento. No puede disimular su gozo; la alegría le sale a la cara y le hace cometer muchas más tonterías que de costumbre. Y no es infundado este alborozo de don Roberto; por el contrario, es justo, fundado, lógico y humano que esté más contento que unas castañuelas.

Después de muchos años de espera, tras infinitos disgustos y no menos contrariedades, cuando ya ha maldecido con harta frecuencia de su suerte, el señor Ruíz de la Rodela va, por fin, a ser nombrado ministro. Planteada la crisis ministerial, y encargado don Elías, su ilustre jefe, de la formación del nuevo Gabinete, todos dan por seguro que don Roberto será uno de los nueve agradecidos.

La noticia de la crisis se ha recibido, como siempre, con una gran algazara. Todos — la señora, el hijo, las niñas, las criadas, el secretario particular y hasta el mismo e ilustre don Roberto — han repetido sin cesar y casi a gritos la santa palabra:

— ¡Crisis!... ¡¡Crisis!!!... ¡¡¡Crisis!!!!... ¡¡¡¡Crisis!!!!!!...

Después, al día siguiente, siempre han sufrido una desilusión. El encargado de la formación del nuevo Gobierno nunca ha sido don Elías. Pero esta vez, a las pocas horas de recibir la noticia de que la crisis está planteada, nuevos gritos han turbado la tranquilidad de los vecinos:

— ¡Han encargado a don Elías!... ¡¡Han encargado a don Elías!!!... ¡¡¡Han encargado a don Elías!!!!... ¡¡¡¡Han encargado a don Elías!!!!!!...

Desde este momento, la familia Ruíz de la Rodela no ha descansado ni un solo instante. Todo ha sido inquietudes, esperanzas, dudas de qué cartera será la confiada a don Roberto, visitas, cartas, y, sobre todo, muchas, muchísimas, infinitas llamadas por teléfono.

Y precisamente esto de las llamadas le crispera los nervios al señor Ruíz de la Rodela. Espera con impaciencia a que el jefe le ofrezca la cartera telefónicamente, y cada vez que el timbre llama y le dicen que aun no ha sido don Elías, sufre una decepción.

— ¿Quién ha llamado? — pregunta a Robertito.

— Papá, es don Casiano Bermúdez...

— Pero ¿aun no es don Elías?...

— No, papá; es don Casiano Bermúdez, que te dice que, si vas a Fomento, te acuerdes de la carretera de su pueblo.

— Dile que se hará lo que se pueda — contesta don Roberto.

A pesar de esperar con tantas ganas la llamada de su ilustre jefe, don Roberto tiene un gran temor. Sabe que

cuando le ofrezcan la cartera ha de negarse y contestar que eso es demasiado para él, que hay otros que desempeñarían mejor el cargo, etc. Y teme que en cuanto oiga la voz de don Elías va a dar un grito y va a aceptar de buenas a primeras, cosa que sería de muy mal efecto y que le desacreditaría ante el caudillo.

Para evitar este peligro, y por consejo de su secretario particular, el señor Ruíz de la Rodela ensaya la escenita con mucha atención. Coge para ello un par de duros y se los pone junto al oído, como si fueran el auricular del teléfono, y luego, acercándose a la boca uno de los *bibelots* que adornan su despacho, dice lo siguiente:

— ¡Mi enhorabuena más sincera, mi querido jefe!... Es decir, ya mi querido señor presidente... ¡ja, ja, ja!... ¡Cómo estará rabiando ahora Romanones!... ¿Qué?... ¿Qué dice?... ¿Que si quiero encargarme de la cartera de Hacienda?... ¡Oh, por Dios, don Elías, eso es demasiado para mí! No me encuentro con fuerzas bastantes... Hay otros muchos correligionarios con más méritos que yo... No, no; no es modestia; es la propia conciencia... Además, para la cartera de Hacienda se necesitan unos bríos que yo no tengo... Ya no soy un chiquillo... ¿Qué?... ¿Qué dice?... ¿Que no me lo ofrece, sino que me lo manda?... Entonces, don Elías, siendo así no tengo nada que responder, como no sea que seguiré siendo tan disciplinado como siempre, que cumpliré su orden... Haré todo lo posible por salir airoso de la empresa que usted me encomienda...

Etcétera, etc.

A cada uno de estos ensayos, don Roberto respira satisfecho. Pero su tranquilidad se ve en seguida turbada por el timbre del verdadero teléfono, que le hace exclamar:

— ¡Ya es Don Elías!...

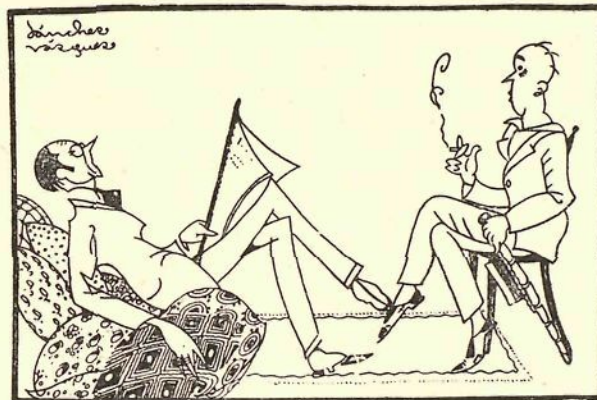
Pero no es el ilustre jefe. Es cualquier Fulanita que encarga que no se le olvide.

El niño va y viene del teléfono al sillón en que está apoltronado su papá.

— El señor Furciáñez, que si vas a Marina, recuerda que si vas a Fomento, que es alférez, quiere un permiso, que ya se lo han negado injustamente cinco veces.

— Que no acudo al aparato por estar ocupadísimo; pero que se hará todo lo que se pueda. Al poco rato:

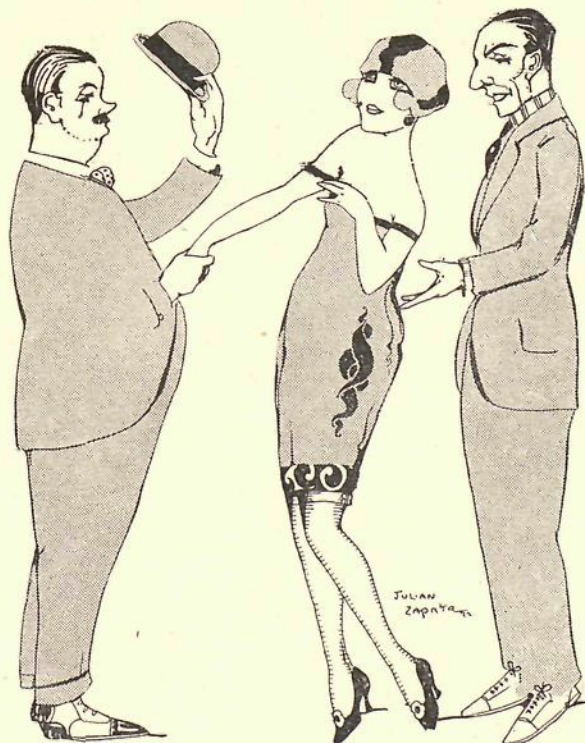
— El señor Marotillo, que si vas a Gobernación, que traigas



Dib. SANCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— Vengo a que hagas el favor de prestarme veinte duros que tu hijo ha tenido la avilantez de negarme.

— ¡Hombre, qué sorpresa!... ¡Se parece mi hijo a mí bastante más de lo que yo me figuraba!...



Dib. ZAPATA. — Madrid.

PRESENTACIÓN

EL MARIDO. — Tal vez le conozcas: don Agapito Campanilla...

LA MUJER. — ¡Ah, sí!... ¡El señor Campanilla!... Me sueña el apellido...

a Madrid a su sobrino, que está en el Gobierno civil de Cuenca.

— Se hará lo que se pueda.

Aun no han transcurrido dos minutos cuando...:

— El señor Raboneta, que si vas a Instrucción, te acuerdes de que su hija quiere que la nombren maestra interina.

— Mira, niño — estalla don Roberto —, a todo el que pregunte le dices lo siguiente, después de esperar un momento para que crea que has venido a preguntarme: «Papá no se acerca al aparato por no permitirle un urgente asunto que tiene entre manos; pero me ha encargado que le salude en su nombre y le diga que se hará absolutamente todo lo que se pueda.» ¡A ver, repíttemelo!

El mocito lo repite sílaba por sílaba y acude presuroso al teléfono, cuyo timbre repiquetea de nuevo.

— ¿Quién es?

— ¿Casa de don Roberto Ruiz de la Rodela?

— Sí... ¿Qué desea?... Soy su hijo...

— ¡Ah! Muy bien. Haga el favor de decir a su papá que Gómez, el redactor político de *El Defensor*, desearía saber si es verdad que va a formar parte del nuevo Gobierno.

El niño, cumpliendo la orden de su papá, espera unos segundos. Luego, con voz clara y terminante, contesta:

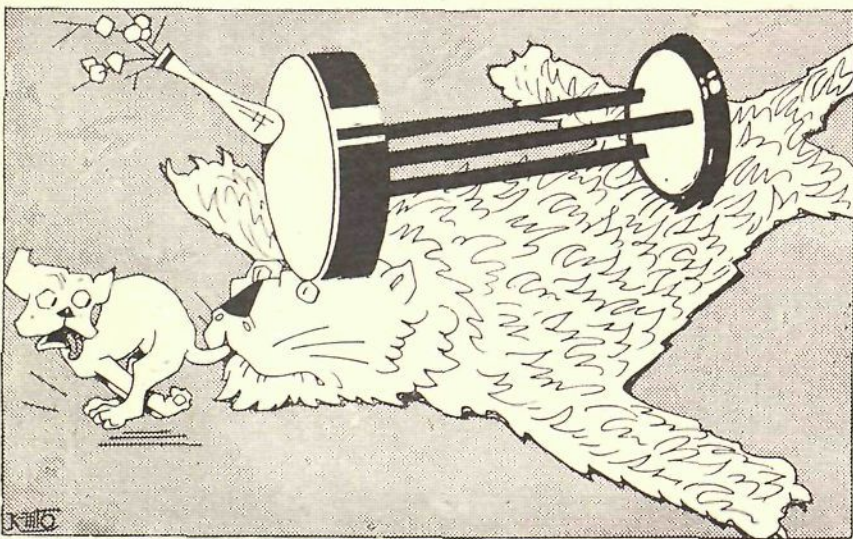
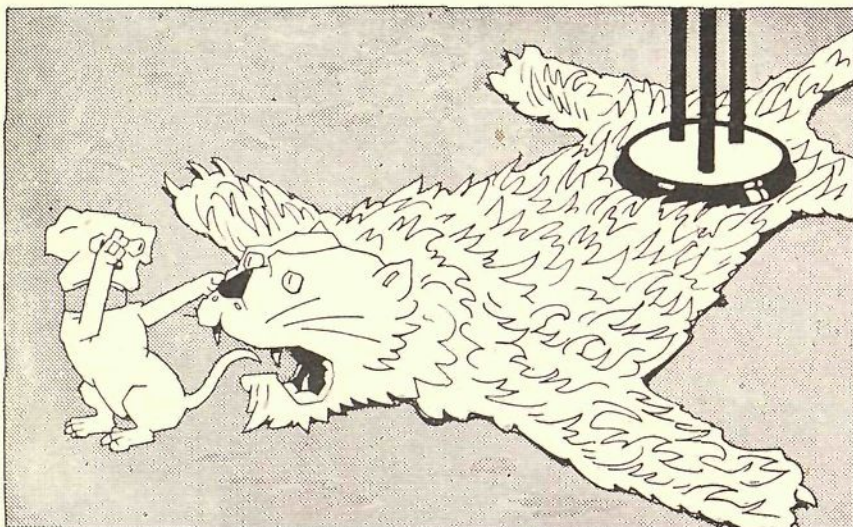
— Papá no se acerca al aparato por no permitirle un urgente asunto que tiene entre manos; pero me ha encargado que le salude en su nombre y le diga que se hará absolutamente todo lo que se pueda.

— ¿Cómo?... ¿Qué dice?...

— ¡Que se hará todo lo que se pueda! — repite con mucho aplomo.

Y cuelga, tan satisfecho, el aparato.

ANTONIO GASCÓN.



EL GRAN SUSTO, por K-HITO.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

La corbata es el hombre.

No sé quién dijo esta frase, digna de un Jorge Brummel o de un Melchor Almagro de San Martín.

Sea quien fuere el autor de la frase, merece nuestra admiración más completa. Sería un hombre conocedor de la psicología humana a un tiempo que un experimentado en las terribles dificultades de la corbata.

La corbata es el hombre; pero ¡qué difícil es al hombre encontrarse consigo mismo para dar luego a la corbata la nota de temperamento!

Y si esta dificultad moral de la corbata colmaría una vida dedicada a la autopsicología, no es menor la dificultad material de la corbata.

¿Quién puede decir que ha llegado a dominar la corbata? Si yo rigiese los destinos de la lamentable instrucción pública española, empezaría su renovación abriendo la asignatura de corbata, que constaría de dos cursos, el nudo y el lazo, con un preparatorio consistente en la chalina.

Los pedagogos abandonan al hombre la ciencia de la corbata, porque los pedagogos consideran a la corbata como una cosa superflua y frívola, sin haber llegado a comprender que lo más importante de la vida moderna es lo frívolo y lo superfluo.

Pero salvando este abandono, el hombre, que nace con la intuición de la corbata, como la mujer nace con la intuición del baile, llega a la corbata, sometiéndose a ella y consagrándole horas y horas delante del espejo, hasta conseguir de ella la más grande de las satisfacciones íntimas y personales.

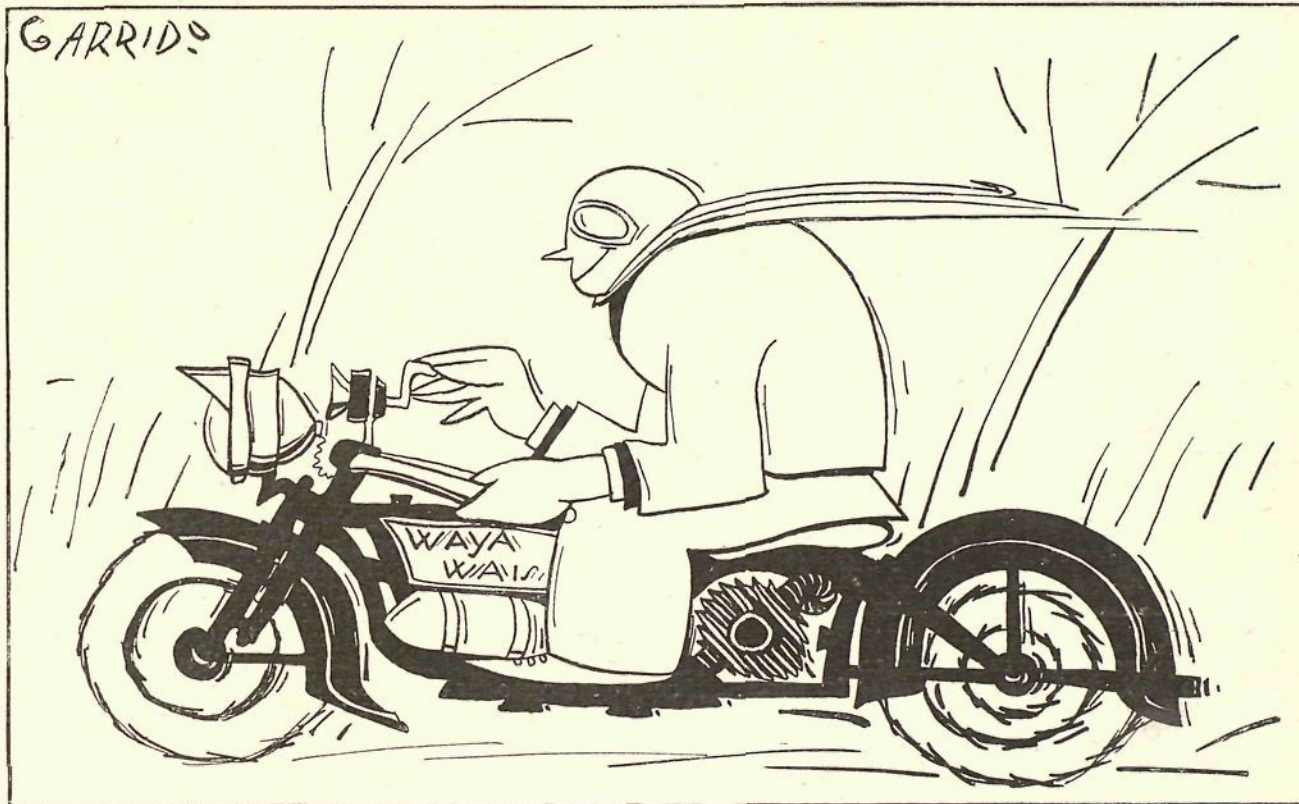
No está el arte en cuidar excesivamente de la corbata. También la corbata descuidada puede ser objeto de un estudio. Lo esencial es que haya que hacerla, dándole un sello de personalidad.

Por eso las personas que usan esas detestables corbatas de nudo o de lazo hecho en celuloide, que se aplica a la garganta, son las más incultas, las que no saben dedicar un momento de estudio a un rasgo tan distintivo de nuestra persona.

Pero en el pecado llevan la justa penitencia. Yo recuerdo que tuve un catedrático de matemáticas — cuando yo tenía el buen gusto de cursar sin estudiar las matemáticas — que usaba corbata de nudo hecho. Un día la corbata se le desprendió del cuello postizo, y el chaleco se la fué tragando poco a poco. En ninguna clase he prestado tanta atención, y de ninguna he sacado tan profundas enseñanzas.

Yo me he preciado siempre de haber sabido comprender a mis corbatas, dándoles el trato y la forma conveniente, y sé a costa de cuántos desvelos lo he conseguido.

Cuando estaba yo estudiando las no-



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¡Bestial!... ¡Dentro de quince segundos, en Bilbao!... ¡Lo único triste es no tener nada que hacer allí!...

ciones de la corbata, un suceso vino a sumirme en atroces perplejidades.

En una tómbola de caridad me tocó un plastrón negro, lustroso, brillante, de una seda agresiva.

¿Qué haría yo con el plastrón? Yo no sospechaba su existencia en el mundo, sino que creía que era ya una especie extinguida, como la gola y la chorrera. ¿Qué hubiera hecho yo también con una chorrera?

El dichoso plastrón me llenó de dudas. ¿Estaría allí, en él, el verdadero camino de la corbata? ¿Serían erróneos el nudo y el lazo que me habían enseñado anteriormente?

Pasé unas horas verdaderamente amargas, en las que todas las dudas me asaltaban. Hasta que, haciendo un esfuerzo para salvarme de su maléfico influjo, lo eché por el buzón del correo.

No sé qué será de él, porque se me olvidó ponerle sello o dirección.

Quizás a la persona que se lo encontró le causase los mismos tormentos, o, por el contrario, le resolviese claramente la cuestión de la corbata.

Yo lo dejé disimuladamente en el buzón, y eché a correr calle arriba, como si hubiese dejado un petardo...

José LÓPEZ RUBIO.

LA POLÍTICA PINTORESCA

EL CARÁCTER MELOSO DEL SEÑOR VILLANUEVA

El Sr. Villanueva insiste en decirle a todo el mundo que eso de que él tiene un genio áspero y picante como una guindilla de su tierra (no olvidemos que D. Miguel es de la Rioja), es una fantasía periodística digna de las más severas censuras. Por el contrario, el Sr. Villanueva, de parecerse a alguna hortaliza, se parece a un pimiento morrón, uno de esos dulces y tiernos pimientos colorados que dieron fama a Calahorra. Lo que ocurre es que el ilustre contemporáneo de Sagasta ha tenido tres o cuatro polémicas con los reporteros del Congreso, y éstos, que son unos pícaros diablos, se entretienen en decir que el carácter del Sr. Villanueva es insoportable.

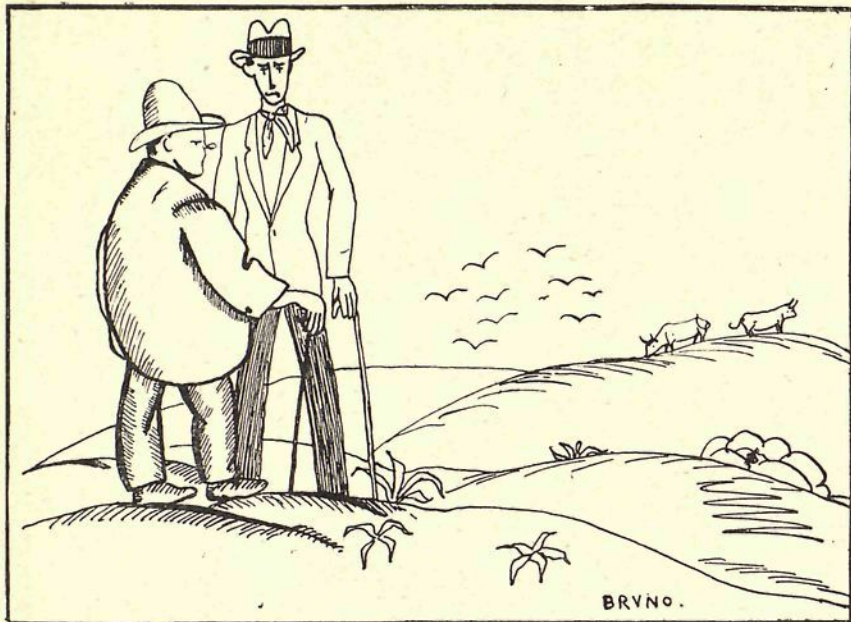
Esto es una impostura. Don Miguel, no sólo no es hombre agrio, sino que es tan dulce, tan almibarado, tan meloso, que, cuando presidió la Cámara popular, tuvo que suprimir los famosos caramelos, para que a los padres de la Patria no les empalagaran la jalea presidencial y los confites de La Mahonesa.

Nosotros queremos hacerle justicia al

Sr. Villanueva, y declarar, desde las columnas de BUEN HUMOR, que el ilustre político es un merengue por lo tierno, por lo suave y por lo azucarado. Sólo que D. Miguel tiene la desgracia de poseer una nariz rubicunda, encendida como una brasa, y a todos los hombres que disfrutan de un apéndice nasal de esta índole, se les atribuye caprichosamente un carácter de dos mil diablos y se les declara proveedores de ajos y cebollas de todos los mercados españoles.

La prueba de que lo que decimos es cierto está en que, además del Sr. Villanueva, el conde de Romanones y don Amós Salvador, que también tienen las narices coloraditas, están igualmente señalados como seres ásperos y gruñones. Y ¡es mentira, señor! Si nosotros recordamos que D. Alvaro, D. Amós y D. Miguel coincidieron, allá a fines del año 1915, en un Gobierno, que presidió el primero de ellos, ¡y daba gusto ver lo bien que se llevaban!

Claro está que, como los tres son unos grandísimos humoristas, determinaron embromar a sus compañeros de Gabinete. Ayudados por D. Angel Urzaiz, que también figuraba en aque Gobierno, y del que dicen, injustamente, desde luego, que tiene ocho tigres en la cavi-



Dib. BRUNO. — Madrid.

— ¿Por qué no se hace usted vegetariano?

— ¿Para qué?... ¿No comen vegetales ¡las vacas?... ¡Pues yo me como las vacas!...

dad abdominal, armaban en los Consejos cada escándalo, que metía miedo. Pero todo era chirigota. Los muy guasones pretendían tan sólo divertirse...

— En el presupuesto hay que reducir mucho los gastos — decía, por ejemplo, el Sr. Urzaiz, que era ministro de Hacienda.

— ¡No pretenderá usted impedir que yo eleve el sueldo a los peones camineros, porra! — saltaba en el acto don Amós, golpeando furiosamente la mesa con los puños.

— ¡Ya está gruñendo este vejstorio, repuña! — exclamaba indignado el señor Villanueva, a cuyo cargo corría la cartera de Estado.

— ¡Yo gruño... y les masco los higados a todos los de Logroño! — argüía D. Amós, buscándole a «Logroño» un consonante de los más enérgicos.

— ¡Aquí usted no masca ni traga nada — afirmaba el Sr. Urzaiz, dando una gran voz —, porque para eso he venido yo a Hacienda!... ¡Esta es la Aduana, amigo!

— ¡Recarámbanos! — rugía el Sr. Salvador—. ¿Tú oyes esto, Alvaro?... ¿Es que esos dos fantasmones están de acuerdo para insultarme? ¡Pues yo soy más flamenco que nadie, y todavía me pongo el morrión de medio lado!

— ¡Usted se pone gorro para dormir, cacarajícara! — decía echando lumbre por los ojos el Sr. Villanueva.

— ¡Vaya usted de ahí..., so germanófilo!

— ¡Mal pelotari!

— ¡De eso de pelotas...!

— ¡A las pelotas y a los frontones los voy a poner un impuesto que los voy a baldar! — anunciaba el Sr. Urzaiz.

— ¡Qué barbaridad!... ¡Qué fieral!...

Así seguía la broma, hasta que el con-

de de Romanones fingía incomodarse, daba un puñetazo sobre la mesa y decía él solito:

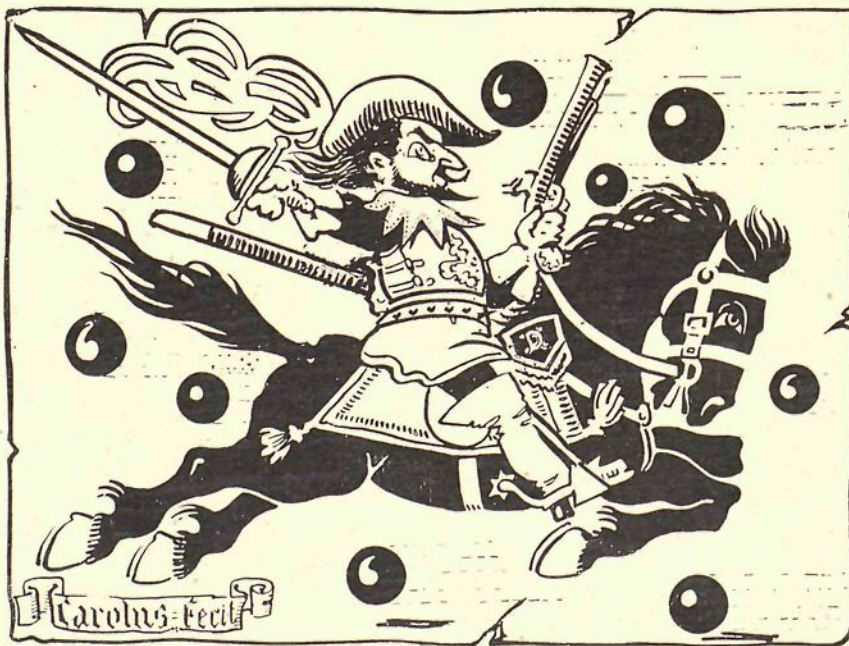
— ¡Carapel!... ¡Peinetas!... ¡Remoño!... ¡Retall!... ¡Recuall!... ¡Aquí no hay más re-daños que los míos!... ¿Ustedes creen que así es posible discutir?...

Ante aquella sarta de frases retumbantes callaban los demás; el Sr. Alba, ministro de la Gobernación, se quedaba encogidito, con verdadero pánico, y al Sr. Barroso, ministro de Gracia y Justicia, como estaba tan débil el pobre, le acometía un desmayo...



Comprenderán los lectores que hombres con el suficiente humor para entregarse a bromas como la que acabamos de reseñar, no pueden ser tildados de agrios ni de insoportables. Y menos que ninguno el Sr. Villanueva. De aquel Gobierno que presidió el conde de Romanones salió el dulce y angelical D. Miguel para dirigir la Cámara popular. Fué un premio a su carácter melosísimo. Cierta que algunos murmuradores dicen que el conde le llevó a aquel puesto para no aguantarle en el banco azul, y que los diputados le votaron casi unánimemente, porque así le tenían lo más lejos posible y no podría enjaretar discursos acerca del problema de Marruecos. Pero todo ello es envidia, y nada más que envidia. Ni el Sr. Villanueva tiene mal genio, ni sabe una sola palabra de Marruecos. ¡Esa es la verdad!...

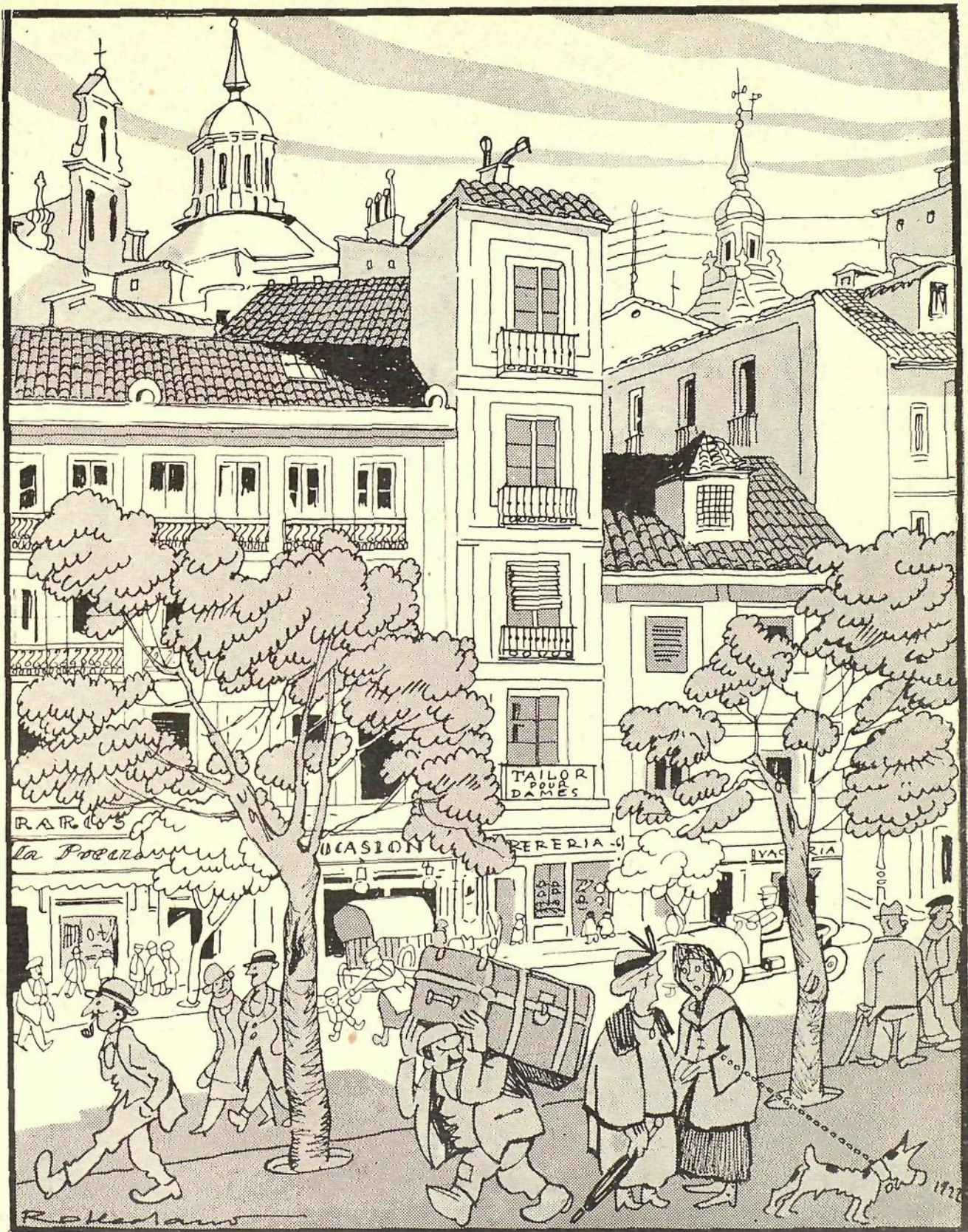
TARTARÍN



Dib. ORTIZ. — Madrid.

ALELUYAS HISTÓRICAS

«...Y después del sitio de Ostende, entró en Flandes el duque de Alba con tal empuje y arrojo, que, según las crónicas de aquella época, del terror se volvió rancia toda la mantequilla del país.»



TODO ES SEGÚN EL COLOR...

Dib. ROBLADANO. —Madrid.

— Nos hemos encontrado hoy tres veces... ¡Qué pequeño es el mundo, doña Asunción!...
EL MOZO. — ¡Como tuviera usted que llevarlo no diría eso, so bruja!...

Ayuntamiento de Madrid

PROGRAMAS SALE EL "ARCO IRIS", Y SIGUE LLOVIENDO, por Federico García Sanchiz.

Según es fama, el paso de los mercados atraía a las murallas, en el mundo antiguo, buen golpe de gentes no contaminadas, que rechazaban desde la propia austeridad las corruptoras riquezas que transportaban los camellos, sobre cuya giba bamboleábase un tesoro de tisúes, ámbar, marfiles, óleos y plantas con virtud venúsica...

Tanto estruendo levantaba en ocasiones la muchedumbre, que, interesándose, se aproximaba un sacerdote al pretíl. Y más de una vez el anciano sagrado unió a los alaridos del pueblo su voz encendida en el fuego de las profecías.

Y la caravana pasaba, camino de otras ciudades en donde se deseasen los bienes de la tierra, no considerándose privilegiadas por carecer de todo.



Don Antonio Zozaya, nadie lo ignora, es una figura docta y apostólica en la república literaria.

Nunca deja de parecer el sanhedrita trémulo de emoción en su solemnidad, y sus lentes equivalen a los estuches con palabras bíblicas que llevaban en las sienas aquellos que no debían olvidar las enseñanzas mosaicas.

Cuando la plebe llora o brama, igual que si enmudece en un silencio siniestro, el venerable D. Antonio escribe un artículo, como podía rasgar sus vestiduras, el chaqué haldudo, ya que no la túnica rozagante...

Y ni siquiera le falta con que substituir el ademán litúrgico del revelador asomado a los fosos sobre la multitud. Constantemente contrae su boca, entre las barbas nevadas, ese estremecimiento característico de la trompa caprina, nerviosidad que contrasta con la mirada errabunda, y entrambas refiriéndose a la rumia moral que de continuo tiene ensimismado al varón sabio y bueno, casi un santo de la letra de molde.



Si no una caravana de voluptuosidades, ha surgido entre nosotros una legión diabólica, que, si se lo consienten, convertirá las cuevas donde reina García Molinas en un *cabaret* de los que preocupan a Millán de Priego. (No se puede vivir: golfemia de arriba y abajo.)

Gracias al intruso, el escenario de Apolo, que era una sucursal del Rastro, parece la vitrina de un florista, de una casa de modas, porcelanas o estampas.

Entiéndase que aludimos a tiendas extranjeras o extranjerizadas, y de ningún modo al estilo Rodríguez, Hermanos, pongo por cretonas y lámparas de forma de bombo que suelen aristocra-



tizar la escena dirigida por el Sr. Serrano (D. Arturo) y muchos pisitos en que el amor anhela orientalismos y vieneserías; pero a gusto de don Procopio y *la Rábanos*...

Telas, reflejos, colores, muebles, lenguajes de los sentidos: he ahí lo que trae la farándula de Velasco, con indignación de unos ciudadanos que salieron a protestar desde las murallas. Reclaman la tesis, o cuando menos el sentimiento, en una revista que así se anuncia; y mientras se permite que sean cosas de circo las comedias, y las operetas juegos de manos o variedades de *music-hall*.

Curioso y divertido. Como si en Sevilla o en Nápoles echásemos de menos las brumas de Londres, los hielos de Petrogrado. Nápoles, representado por Eugenia Zuffoli, con un penacho de plumas, el humo del Vesubio, y María Caballé, insinuante y pálida como los jazmines béticos, se acercarán a nosotros, afrentándonos al decirnos:

— Pero si precisamente Nápoles y Sevilla presumen de no tener nieblas, nieves...

Y añadirían, ya por ellas

— Ni casi ropa...

Eulogio de Velasco traslada los espectáculos del Century y del Hippodrome neoyorquinos, perfeccionando en España la escenografía, estableciendo una escuela de estilizar decorados, armonizar luminarias, agrupar mujeres, y, sobre todo, enriquecer los materiales y perseguir la suciedad.

Lo que realmente ha cambiado en Apolo es el escenario, que yo creo que se baña como las personas e incluso se manicura. Desde luego se viste por las noches como un *gentleman* y dialoga con madama la sala, la cual pretendió rejuvenecerse y se ha quedado en una señora que se tiñe de rubio el pelo.

Ningún país culto y refinado carece de teatros para los ojos, ofreciendo en ellos un sedante a su público de trabajadores con la cabeza o las manos, de obreros fatigados que necesitan reposarse en una pereza entretenida.

La desdicha nuestra está en que aquí las revistas aun significan un adelanto cultural... Porque aprendemos en *Arco iris* el odio al pingajo y a estimar lo mismo una pastilla de jabón que un biftec...

... Y vuestra grandeza, mi señor don Antonio Zozaya, no ahogue en sollozos la cólera, irritado y compadecido por la suerte de las segundas tiples. Ya existían antes, y algunas mucho antes de lo que ellas quisieran... Son las coristas de antaño, mejoradas, como la cebra perfecciona al caballo con un *maillot* de bañarse.

CAÑO LIBRE



GRACIAS a una pequeña combinación de altos cargos que se le ha ocurrido al señor presidente del Consejo de Ministros, — él sabrá por qué —, nos hemos enterado de algo muy importante,

que no sospechábamos siquiera. Y este algo es que existe en el Ministerio del Trabajo una Dirección General de Estadística.

Si se tiene en cuenta que hace un lustro no existía el Ministerio del Trabajo, y nadie le echaba de menos, y que, por consiguiente, ni la estadística ni la Dirección General hacían mucha falta, se comprenderá la grata sorpresa del hallazgo.

Porque una Dirección General no es grano de anís. Supone una porción de negociados, con sus jefes, oficiales y ordenanzas correspondientes adscritos a la nómina; y como de esa organización tan complicada no había hace poco tiempo ni barruntos, de aquí que, a los que tenemos que pagar a tocateja todas esas estadísticas y armas al hombro, nos asalte la sospecha de que son completamente inútiles.

Pensamos, por lo menos, que por muchos datos que necesite consultar el Ministerio del Trabajo para intervenir cada seis meses en alguna huelga que otra, para reunirlos y catalogarlos debe bastar un hombre solo, trabajando un par de horas a la semana.

Pero como de esto de la burocracia oficial no entiende uno ni jota, puede que esté uno equivocado y haga falta, efectivamente, esa Dirección General que por casualidad se ha descubierto al hacer la pequeña combinación de altos cargos.

¡Habrá tantas como ésa!



Y ahora comprenderán ustedes que a cada triquitraque sea preciso hacer una operación de crédito.

Hubo un tiempo, no muy lejano, en que, según las notas oficiosas, el país suspiraba por un empréstito grande... Y se hizo el empréstito grande, que se sorbieron en seguida los cientos de miles de sanguijuelas que se crían junto a los pupitres, y se volvió a la frecuente emisión de obligaciones; y... con todo y con eso, el déficit del año que termina pasa de mil millones.

¡La francachela alegre, como decía el otro!

Ahora el ministro pide quinientos millones más, cuyos intereses y amortización se añadirán al presupuesto de gastos, y da a entender que no serán los últimos.

Todo lo cual nos pondría los pelos de punta si los que tan sabiamente nos ad-

ministran no tuvieran también a mano la maquinilla de hacer billetes en un caso de apuro.

Porque, es lo que dirán ellos: hasta que la peseta llegue a valer lo que los marcos, las coronas, los escudos portugueses y los rublos, queda mucho camino.

Y más vale recorrerlo riendo a carcajadas que con las caras tristes...



Eso de que todos somos iguales no pasa de ser un sueño de la democracia.

Porque, por ejemplo, la inteligencia de los Sres. Lerroux y Cambó es muy superior a la nuestra, y ellos pueden y deben tener unas ventajas y unas prerrogativas de que careceremos siempre los que por nuestra ramplonería intelectual nos hemos tenido que quedar en miseros mortales.

Gracias a su natural despejo, el señor Lerroux ha llegado a ser jefe de un partido y coco de los Gobiernos, a tener una ronda especial que cuide de su persona y a hacerse licenciado, en Derecho en ocho días justos; y el Sr. Cambó, diri-

ge a los nacionalistas catalanes, ha sido ministro de la Corona dos o tres veces, tiene un *yatch* muy bonito para surcar los mares, y se permite entrar en el puerto de Barcelona al barco que le lleva cuando ya se ha cerrado la entrada para los otros barcos.

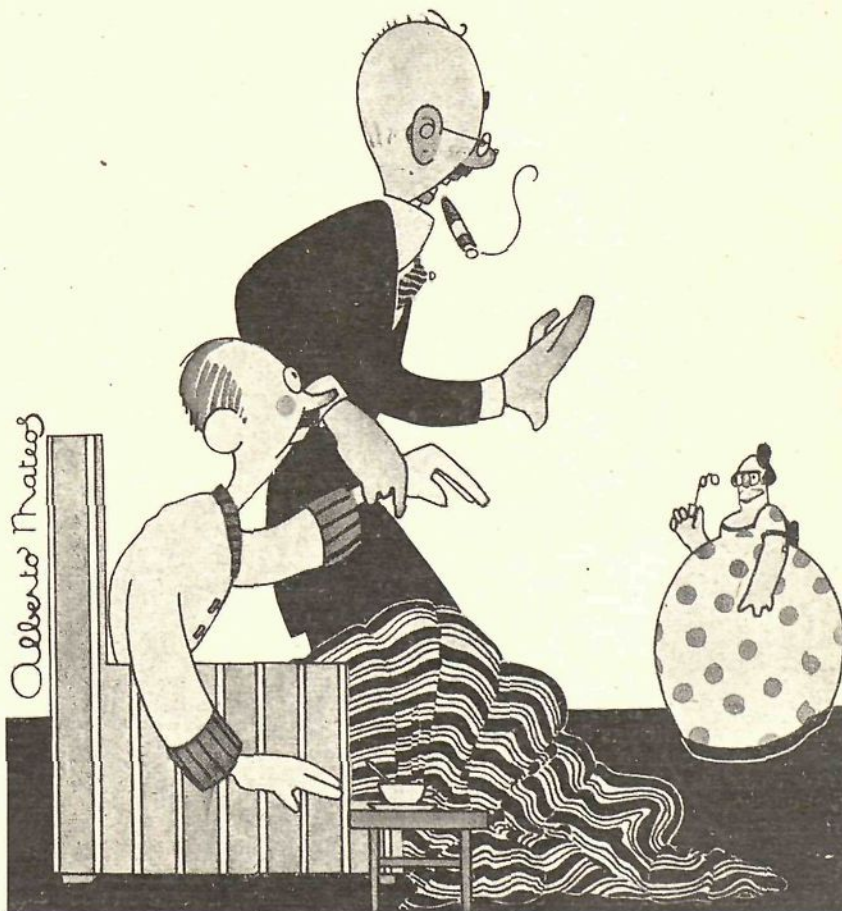
Ni a ustedes ni a mí nos aprueban docena y media de asignaturas difíciles en una semana, ni en Santa Cruz de Tenerife ni en ninguna parte, y ni a ustedes ni a mí nos dejan penetrar de noche en ningún puerto, aunque vayamos huyendo de una tempestad desencadenada.

Pero es porque ni los catráticos ni los comandantes de Marina tienen que guardarnos consideraciones de ningún género, puesto que ni hemos sido ministros ni podemos serlo cualquier día.

Y, digan lo que quieran los señores de la concentración liberal, ¡todavía hay clases!



Las hay, y ustedes perdonen el juego de palabras, hasta en Santa Cruz de Tenerife; pero el Sr. Lerroux no necesita asistir a ellas. El Sr. Lerroux, que, por sus múltiples y variadas ocupaciones,



— ¿Tiene usted buen estómago?
— ¡Ya lo creo!... ¡Fíjese en mi señora!

Dib. MATEOS. — Valencia.

TITIRIMUNDILLO

Un marido, de vuelta de un teatro de variétés, sueña en voz alta:

— Las estrellas... ¡Oh, he visto las estrellas!...

La mujer, compasiva:

— ¡Pobrecillo!... ¡Sueña con que le pisan un callo!

«Almería prepara un gran recibimiento al Sr. Marfil.»

¿Ha dicho usted Marfil? Por nosotros, rueda la bola.

«Una nutrida Comisión de representantes en Cortes ha visitado al ministro.»

Con los diputados ocurre distinto que con todo el mundo. A ellos las dietas los nutren.

La redacción del periódico portugués A Palabra fué asaltada, y el director se hirió al arrojarle por el balcón.

Es que vió claro que de esas palabras iban a pasar a obras, y se dijo:

— No sé si hoy habrá sobra de original; pero sobra de un director que reciba los golpes, sí.

Los concejales no se ocupan de los alimentos.

¡Que te crees tú eso!

Se ocupan y preocupan de los alimentos suyos. ¡No hay más que leer los extractos de las sesiones municipales!

Un anuncio: «Necesito con urgencia ama seca.»

Si ya está seca, ¿para qué la urgencia?

Se comprende antes de que se seque; pero ahora da lo mismo un par de días más o menos.

Se verificará un encuentro entre Siki y Breintestraeter.

El triunfo debe de ser del último.

Porque bastará que golpee al contrario con el apellido para hacerle cisco.

¡Eso no es un apellido; es un martillo!...

Un sujeto que estaba jugando a la ruleta cayó muerto, y los socios se apresuraron a sacarle de la sala.

¡Claro!... Había que evitar que el juez tuviera que levantar un muerto en la mesa de juego.

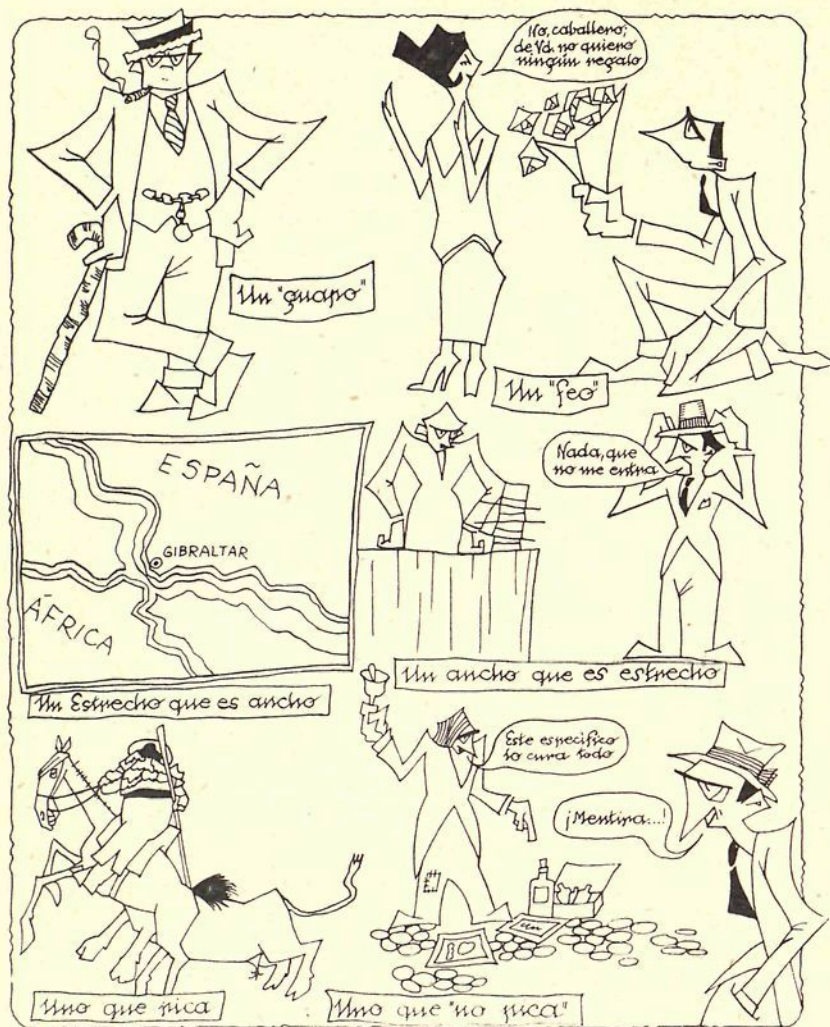
Lerroux ha dicho en un discurso que es preciso explotar el suelo de España.

Tiene razón. ¡Bien ha dado él ejemplo de lo que se puede sacar!...

«El Sindicato de la madera ha recibido el auxilio de la sección de confiteros de Bilbao.»

— Y eso ¿para qué es?

— Pues para endulzarles la vida.



CONTRASTES

Dib. BEBERIDE. — Madrid.

parece que no ha de tener tiempo para nada, lo ha tenido para estudiar todas las asignaturas que constituyen la carrera de Derecho, tan concienzudamente y todas a un tiempo, que ha dejado asombrados a los tribunales examinadores.

Tan asombrados, que no sólo le han hecho juriconsulto eminente en un abrir y cerrar de ojos, sino que le han otorgado una porción de notables, sobresalientes y hasta matriculas de honor, que le servirán para cuando se le antoje seguir otra carrera o para que le devuelvan el dinero.

¡Hacerse abogado de una sentada y casi gratis!

Se comprende que se muerdan los puños de envidia los estudiantes canarios, que se han pasado la flor de la juventud gastando dinero en el billar y las casas de huéspedes, al ver a un compañero talludísimo, que llega en un barco tal

día como hoy y se marcha a los pocos días con el título de licenciado en el bolsillo.



Y a propósito, ¿por qué se le habrá ocurrido a D. Alejandro la idea de ir a examinarse a Canarias?

Un señor que tiene su domicilio en Madrid, donde hay Universidad, ¿por qué se molesta en hacer un viaje tan largo? ¿No se habrán considerado desairados los catedráticos de la Central, que hubieran tenido tanto gusto en apreciar los conocimientos de tan aventajado estudiante?

Hubiera asistido a los ejercicios un público inteligente y numeroso, y a estas horas no estaría la gente un poco escamada de que, para obtener matriculas de honor, hubiera que ir tan lejos...

SINESIO DELGADO.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

DESPUÉS DE UNA CONFERENCIA

Manuel Machado, el poeta ilustre y crítico agudo, dió no ha muchos días, con motivo de la inauguración del teatro Romea, una brillante conferencia sobre el estado actual de nuestra escena. Y, claro es, encontró la escena en el más lastimoso de los estados, lo que produjo en su ánimo dolorosa impresión.

Con tono de mesura dedicó los siguientes párrafos a empresarios y directores artísticos:

«Teniendo inéditos a Shakespeare, a Schiller, a Molière, ¿por qué estrenáis a Hennequin y a Testoni?

«Mientras quedan por hacer comedias de Lope, de Calderón, de Moreto, de Rojas, de Tirso, ¿por qué satisfacer la *verde impaciencia* del arrojado literato del *golondrino*?»

Y en seguida ha venido la respuesta.

Un empresario de los aludidos, un comediógrafo de esos del *golondrino* y de la *verde impaciencia*, y hasta algún que otro cómico, han llegado hasta mí, rogándome que conteste en nombre de ellos al insigne Machado.

¡Libreme Dios de tal cosa!

Preferible es que hablen ellos mismos, aunque, tratándose de cómicos y de empresarios, esto de *hablar* parezca una cruel ironía...

Dice el primero:

— ¡Conque Shakespeare, Schiller y Molière!, ¿verdad? Pues yo le digo a ese señor que *Punta de viuda*, o séase el entremés que por contra puso al programa inaugural la Empresa de Romea...

«¡Váyale al público con obras de Molière, como hizo no ha mucho Martínez Sierra, y ya verá el Sr. Machado lo que es *Molière*! (Aunque parezca inverosímil, cualquier empresario sabe hacer juegos de palabras y chistes malos.)

«Mientras Zorrilla llene el teatro del Rey Alfonso con *Mi marido se aburre*, y los del Cómico con *La frutería de Frutos, o qué colección de brutos* (sin alusión), y los del Centro con *La señora Angeles*, y los del Infanta Isabel con su repertorio, y los de la Comedia con *Avelino Perdiguero*, los Sres. Shakespeare, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Schiller, Corneille y demás genios internacionales y del reino se van a quedar en las bibliotecas, convenientemente empolvados y a disposición de quien quiera leerlos.

«Contando yo con Muñoz Seca, con Paso, con Fernández del Villar y con una larga serie de traductores que me preparan una comedia a mi gusto por doscientas pesetas, ¿me voy a meter en líos?»

¡Ja, ja, ja!... Menos mal que nuestro compañero el empresario de Romea contestó a las censuras del Sr. Machado el mismo día, a la misma hora y en el

mismo escenario, metiendo en el cartel a D. Jacinto Benavente y a Pepito Fernández del Villar... Que no son precisamente ni Racine, ni Hugo, ni Shakespeare..., aunque algunos malintencionados crean encontrar entre D. Jacinto y el genial inglés demasiados puntos de contacto...

Así habló el hombre empresario.

El autor del *golondrino* nos dijo muy pocas palabras; pero fueron substanciosas en extremo. Crea el lector que hacemos un verdadero esfuerzo para no dar su nombre.

— Supongo que *todo eso* no lo habrá dicho por mí. ¡Ya quisiera él cobrar mis trimestres!... No hay más que oírle para comprender que le ciega la envidia...

Los cómicos que han venido a verme lo hicieron en tono de súplica:

— ¡No, por Dios!... ¡Ese hombre está

loco! Las obras de los autores cumbres no tienen defensa para el actor. Hay que vestirse de época y cuidar mucho la indumentaria. Tienen parlamentos largos, *todo seguido*, y mete uno camelos en cuanto se descuida. ¡Y a lo mejor habrá que aprenderse algunas palabras en francés y hasta en inglés!... ¿No le parece a usted?



Empresas, autores y cómicos se oponen a las iniciativas del ilustre crítico. Y es natural.

Aquéllos son hombres de los que dimos en llamar *prácticos*, y Manuel Machado es un poeta lírico y, además, un escritor de talento.

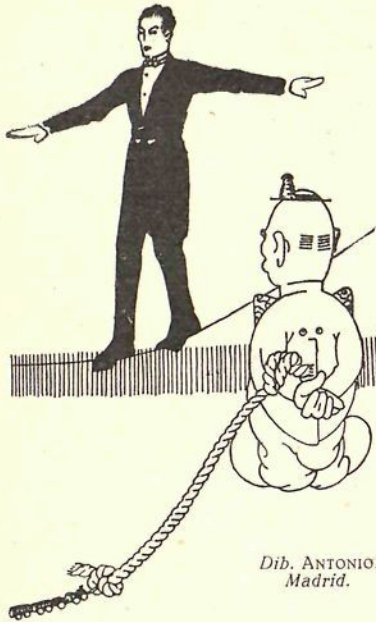
¿Cómo va a ser posible, por muchas conferencias que éste dé, ponerlos de acuerdo?

José L. MAYRAL.



Dib. CABANES.

Señora Jiménez, Srta. Bassó y Sres. Hernández y Portes, del Infanta Isabel, en El tiempo de las cerezas.



Dib. ANTONIO.
Madrid.

— Ahora vivirás bien... Ganas mucho, ¿no?...

— No lo creas. ¡Tú no sabes los equilibrios que hay que hacer para ir pasando!...

BAGATELERÍAS INVERNALES

Así como Pierre Loti (¡vaya cultura, *confrère Chevalier!*) «fabricó a mano», con stilo de ave, sus *Japoneñas de otoño*, séanos permitido a nosotros «elaborar a brazo», con un *Faber* sin punta, nuestras *Bagatelerías invernales*.

¡Invierno!... ¡Los árboles desnudos!... Es preciso sacar los gabanes y las capas de las casas de compraventa mercantil. ¡Invierno!... El frío junta a las gentes en torno del brasero. Se hacen colmos, se apuran letras, se juega a todo sobre la mesa camilla. ¡Se estornuda, se tosen unos a otros!... En una de estas noches frías ha hecho nuestro amigo Berúlez el lenguaje que les faltaba a los enamorados para comunicarse sin que la familia se percate. Se trata del *lenguaje de la corbata*. Nuestro amigo nos lo ha mandado juntamente con unas máximas *bagatélicas*, que, si bien es verdad que no son muy graciosas, creemos que merecen la pena de ser conocidas de los lectores de BUEN HUMOR, sobre todo si se tiene en cuenta que estamos a las puertas del helado invierno y que faltan unos días para que en las casas le enciendan lamparillas a «Todos los Santos».

¡El invierno!... ¡Ya viene el invierno, y con los primeros fríos, el lenguaje de la corbata!

¡Leed!...

Corbata morada. — Soy madrileño. La amo a usted. Estoy empleado en el Ayuntamiento.

Corbata roja. — Soy aficionado a los toros; pero tengo buen carácter y seré un buen marido.

Corbata café. — Tengo pocas pretensiones, y me perezco por las medias tostadas.

Corbata lila. — Soy... muy bueno. Te molestaré poco. Me casaré si no tienes algún impedimento, y si lo tienes..., también.

Corbata amarilla. — Aunque padezco de ictericia, tengo buen fondo. Gasto poco. Soy vegetariano.

Corbata verde. — Me muero por el campo, me gusta el mar y me gustan la mar.

Corbata azul. — Espero que tu amor y el mío se resuelvan en la calle de la Pasa.

Corbata blanca. — Soy ayuda de cámara, estoy bien educado y exploto al señorito.

Corbata amarilla y encarnada. — Soy español, soy pobre, soy feo y tengo mal dormir.

Corbata negra. — Estoy empleado en una funeraria y en una casa de juego para que no levanten muertos.

Sin corbata. — Soy un desastrado. Quiéreme, que me hace mucha falta una mujer que me cuide y me lave la ropa y la cosa.

Habréis visto que es muy *inviernizo* (¿se dará por aludida doña Carolina?) y muy *bagatélico* el lenguaje de la corbata; ahora que los pensamientos y las máximas que a continuación publicamos tienen la ingenuidad y el encanto del primer beso, de la primera entrevista en el *cine*, de la primera bofetada que nos dió el padre de ella...

¡Leed!...

Entre el honor y el dinero, lo segundo es lo primero.

De Dios abajo, sólo los tontos viven de su trabajo.

Aflígete muy poco por tus penas, e impórtente muy poco las ajenas.

Donde quiera que fuéredes, sé tú el que deviéredes.

Cría cuervos, y... véndelos, si puedes, por pichones.

Vive largos años, y en vez de recibir, da desengaños.

No te cases de joven, porque no es tiempo aún; ni de viejo, porque no es tiempo ya.

No niegues el saludo, sino a los que te lo pidan.

La noche se hizo para dormir, y el día para descansar.

Sigue, amado lector, al pie de la letra los consejos que anteceden, y si tienes hijos hazles saber que los estúpidos pueden permitirse el lujo de comer; pero no deben jamás hablar. La boca puede servir como *banco de depósito*; pero nunca de *banco de emisión*.

¡Y por hoy no va más!... El otoño se

marcha. Ya viene el invierno, las nieves con su blanco sudario... Los gabanes empenados...

Por haber puesto en limpio
las cuartillas de Berúlez,

TORRES-ASENJO

TAL PARA CUAL

Rupertito del Pazo y del Pozo, natural de Chiva, bien podía pasar por buen mozo de cintura arriba.

Joven muy despierto,

de gran desparpajo,

el pobre Ruperto

de cintura abajo

era patiabierito,

y, evitando con cierto rebozo

el público fallo,

Rupertito del Pazo y del Pozo

siempre iba a caballo.

Jacobita de Daza y de Deza,

joven de Onteniente,

se podía ufanar de belleza

mirada de frente.

Joven muy discreta,

de faz expresiva,

tenía una giba

como una libreta

muy superlativa,

y, evitando la burla temida

de gente villana,

no salía, y pasaba su vida

siempre a la ventana.

Jacobita y Rupertito se vieron,

y así se gustaron,

y así, mientras amores tuvieron,

la pava pelaron,

y a sus bodas dieron

una nueva norma,

porque decidieron

casarse en la forma

que se conocieron.

Y el permiso del cura logrado,

llegó la mañana

de la boda, y Rupertito montado

y ella a la ventana,

quedaron unidos;

y al mirar cumplidos

sus dulces proyectos

sin ser conocidos

sus mutuos defectos,

se apeó Rupertito de pronto

y fué naneando

a decir a Jacoba: — ¡Ya es tonto

seguirte engañando!

Al mirar sus andares de pato,

y viendo Jacoba

que su esposo lo echaba a barato,

mostró su joroba,

y este difirambo

le soltó la esposa:

— ¡Mira tú que cosa!...

¡Tú eres patizambo,

y yo soy gibosa!...

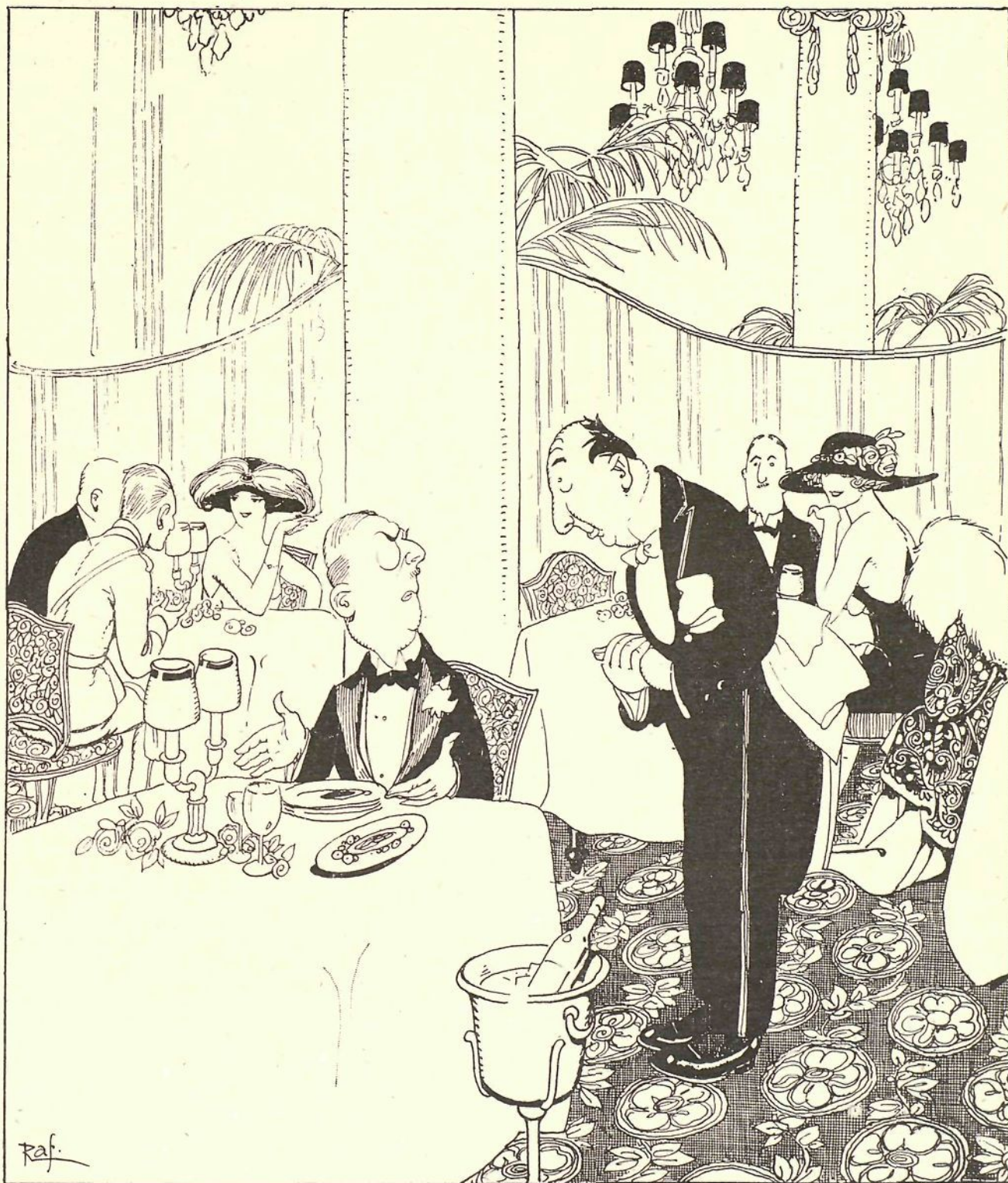
Mas al fin se logró nuestro anhelo

por tan raro modo.

Rupertito, me has dado un camelo...,

¡¡pero no del todo!!

CARLOS LUIS DE CUENCA.



EN EL RESTAURANTE

Dib. RAF. — Madrid.

- Camarero, ¿está curado este jamón?
- Sí, señor.
- Pues, entonces, lléveselo usted, porque acaba de sufrir una recaída.

ESTATUAS IMAGINARIAS

Vemos estatuas que no hubo, estatuas que no hay y estatuas que no habrá nunca. Como proyectos ideales las hemos dibujado en la esquina de los papeles inservibles por haberles caído un gran borrón. Resultaban estatuas demasiado sinceras, y casi siempre las hemos roto.

Las estatuas que se elevan en las plazuelas de Madrid tienen demasiado empaque y resultan poco pintorescas.

Necesitamos estatuas que revelen de un modo expresivo, desde lejos, quién es el que representan.

Nadie dudará, al ver a ese genio acostado y que parece que hace juegos icarios con una zapatilla, que se trata de Julio Camba, que tiene fama de tumbón.

Nadie dejará de saber quién es ese hombre tan abrumado de coronas, que, no pudiendo sobrellevar la de la cabeza, ha tenido el escultor que aplicarle un caballero, valiéndose de esa licencia escultórica que permite a veces poner a los caballos encabritados una gran espiga de hierro para sostenerlos.



«Rueda que rodando vas por el mundo de la gloria...»,

como decían los versos de aquel loco, inventor del lacre inacabable...

Los Quintero tienen un monumento original, que puede ser la consagración de un escultor. Hay que sintetizarlos según el modelo que he diseñado, influyendo eso mismo en el coste del monumento,

pues en vez de una pareja escultórica, puede resultar una sola figura, aprovechando la misma cabeza, el mismo sombrero y la misma capa. Sólo habría que hacerles dos pedestales, dando estabilidad a la figura con fijar un solo pie en cada pedestal.

Yo escogería para realizar estos monumentos a un escultor de un *Don Juan* de primera categoría.

«¿De un *Don Juan* de primera categoría?», se preguntará el lector, exigiéndome una explicación que le voy a dar.

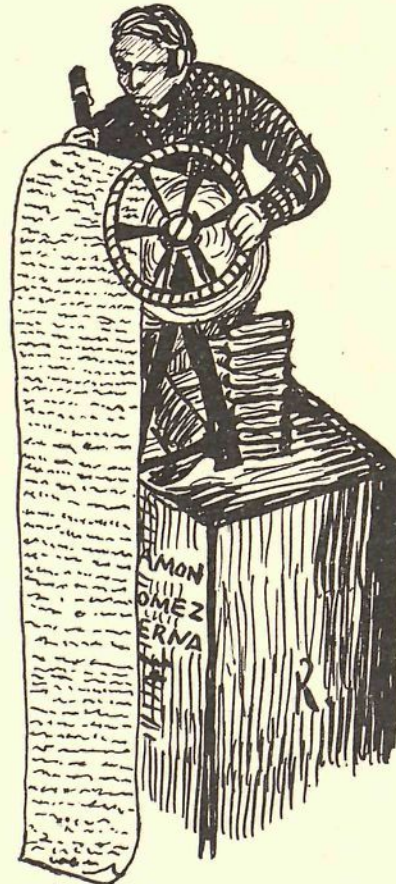
Yo clasifico a los escultores según el *Don Juan* en que podrían figurar. Yo sé quién es el escultor del *Don Juan* representado por la compañía Guerrero-Mendoza, y tengo también repartido el papel del escultor en el *Don Juan* representado por Morano, y el representado por Borrás, y el representado por Calvo, y hasta el representado por Manolo Vico en el teatro Zorrilla, escultor

este último que es uno de los mejores de la serie, pues no le da la categoría del teatro, sino el actor y la aventura. Tengo escultores del *Don Juan* en un pueblo, y escultores del *Don Juan* re-



presentado en el Círculo de la Unión Mercantil.

Para esos monumentos nuevos, de ejecución pintoresca, escogería, además, escultores que no hagan panteones, pues es muy peligroso que esos



escultores entierren definitivamente al que se trata de immortalizar.

No quiero tampoco de esos escultores que dicen ante cualquier cabeza: «¡Qué bella cabeza!», ni de esos otros que pulen la escultura con *polissoir*.

Quiero escultores ágiles, espontáneos, que encuentren el carácter pintoresco y humorístico de cada estatuado; y cuando hagan la estatua de Carrere, por ejemplo, empleen piedra amarillenta para el antifaz del rostro, y piedra embetunada para las barbas del antifaz.

Esos escultores humoristas son los que alegrarán las plazuelas y los jardinillos, hoy tan tristes con sus estatuas de panteón.

Estoy cansado de esas estatuas que parecen esperar un tranvía siempre, colocados precisamente en los sitios de parada fija. Se precisa más pintoresca composición en la figura escultORIZADA, y, por decirlo así, ponerla el capirote, pingrote o pipirigallo característico.

— Aquél es el gran Fulano — hay que decir desde lejos, sólo con ver el atributo que le caracteriza.

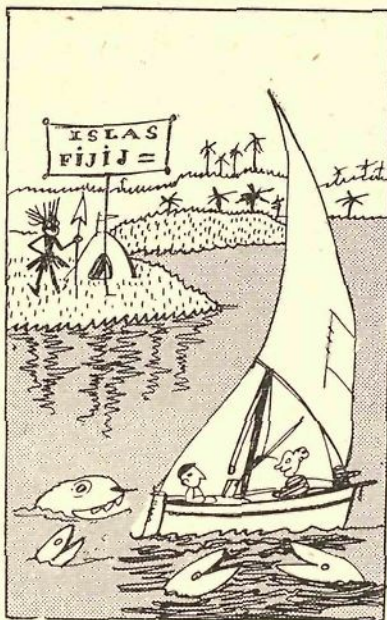
Hay que atreverse con la estatuaria, y a aquel gran hombre que fué un borracho, hay que tener la audacia de representarle acariciando la botella inspiratriz, en vez de presentarle acariciando una musa; así como a aquel que tuvo un gran amor que llenó su vida, hay que representarle abrazado a la mujer que le amó hasta el último momento, y no dejarle tan solo.

Hay que estudiar más a los grandes hombres estatuados, y colocarles al lado o encima lo más característico de su vida: su bonete, su cotorra amaestrada, su perrito, o si se trata de alguien como Dante Gabriel Rossetti, toda una colección de bestias, pues aquel gran poeta y pintor tenía en su casa, entre otros animalitos, un canguro, un camaleón, una salamandra, un murciélago, un ciervo y una cebrá que, por cierto, tenía muy mal carácter.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Ilustraciones del escritor.





PRÓLOGO

Cierto día, los vecinos de la calle de Fúcar vieron sorprendidos el arreglo y pintado de una minúscula tiendecilla desde tiempo atrás desalquilada, tal vez por el trágico recuerdo dejado en ella por un relojero de viejo, último habitante que fue de la misma.

La apertura de la tiendecita no fué sólo un acontecimiento, constituyó también tema de apasionados comentarios para los vecinos de la castiza vía por aquellos tres colores — rojo, blanco y negro — que, como principal motivo decorativo, se repetían, y en la misma disposición, sobre los tableros que formaban la portada del nuevo comercio.

La explicación de la existencia del rojo, blanco y negro fué dada, al fin, por el señor Dimas, zapatero remendón y uno de los más cultivados ingenios de la calle, quien ante el corro que le escuchaba con respetuoso silencio, afirmó solemne que, siendo tres los colores, se trataba de la bandera francesa, llamada por eso tricolor.

Pero esta vez, y bien a nuestro pesar, hay que consignar un leve fracaso en su erudición.

Los colores correspondían a la bandera alemana, nacionalidad también del propietario de la nueva instalación, Guálter Bechamel, audaz y emprendedor tipo teutón que, atravesando la pacífica Bélgica y la rencorosa Francia, plantaba su tienda «Al Bragueró del Rin» como título («Ortopedia y Optica» a manera de subtítulo, más ampliamente explicativo), cual una enseña triunfadora, en el corazón de la villa y corte.

De su inventiva, de su espíritu comercial, mucho podríamos decir; pero nada

BECHAMEL JUEGA A LAS DAMAS

Novela de aventuras, por Luis Manso.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Robledano.

tal vez tan elocuente como examinar el escaparate de su flamante comercio.

En el centro de aquél, y atrayendo la atención de quien se detuviera a contemplarlo, aparecían, en vez de los manidos cartelitos anunciadores, una reproducción en yeso de la Venus, con muletas, portasenos y faja abdominal, y otra de Apolo, con gafas de automovilista y dos bragueros. ¡Oh progresivo espíritu germano, y qué bien encarnado estabas en Guálter Bechamel! Quien, dejando al cuidado de su esposa Mary, una escocesa conocida por él en uno de sus viajes comerciales por Inglaterra, el despacho al menudeo, hallaba ancho campo a sus actividades, ya en la venta clandestina de cocaína, ya en la propaganda de su aparato cazamoscas, patentado «León», o bien sacando fotografías en bodas, bautizos, repartos de premios, etc., y otras solemnes cachupinadas.

Completaba el laborioso hogar de los Bechamel el pequeño Ludovico, héroe que será de nuestra relación, nacido en Frankfurt del Oder, criado en Sebastopol y destetado en Madrid.

Y el tiempo discurría feliz para aquellos tres seres, que cruzaban la vida bajo el fulgor — nueva estrella de Oriente — de una idea: hacer dinero, mucho dinero.

Pero, ¡ay!, que la existencia suele tener dolores imprevistos; y un día, por un pequeño exceso de cerveza — barril y medio —, según unos; por una complicación de gripe con tos ferina, al decir de otros, o por no haber tenido contestación a una carta dirigida al Káiser con motivo de su cumpleaños, en opinión de los íntimos, Guálter amaneció cadáver.

La situación de viuda e hijo fué haciéndose difícil. Contaban como únicos ingresos con los exiguos que les proporcionaba la tienda, cuyos clientes disminuían de día en día. Y Mary, falta de aquel luminoso espíritu mercantil que se llamó Guálter, y dominada cada vez por el esplín — ¡oh maravillosos lagos y verdes montañas escocesas, cuán lejos de evocaros la angosta Fúcar street! —, vió cómo el negocio caminaba a pasos precipitados a la ruina. Y quebró, quebró, aunque pareciera paradójico tratándose de un depósito de bragueros.

Ante las críticas circunstancias reclamadoras de urgente solución, Mary decidió desde luego regresar a su patria; pero, ¡ay!, recordó que en ella no quedaba nadie de su familia. ¿Qué hacer?

Pensó entonces en su único pariente, el reverendo Croker, que desde mucho tiempo atrás estaba evangelizando salvajes

allá en las islas Fijij, perdidas en la lejanía del Pacífico.

Como lo pensó lo puso en práctica, y en un buque de vela partieron de Barcelona la viuda de Bechamel y su hijo, al encuentro de aquel tío remoto.

Llegados a la isla, un nuevo pesar les esperaba. Del pariente — única esperanza para ellos — sólo quedaba un tacón de goma y la segunda falange del dedo pulgar, que el sucesor de aquél conservaba cuidadosamente. El resto, es decir, todo el reverendo Croker, había pasado — por obra y gracia de los fijijanos —, de su noble condición de catequista, a la deleznable, efímera y lamentable de rosbif a la parrilla...

¡Y otra vez a la lucha! La viuda, recordando sus juveniles años de modista, trató de hacer frente a la vida confeccionando taparrabos, últimos modelos; pero la competencia apenas le permitía obtener algún rendimiento de su nueva profesión.

Al fin, las privaciones, las penalidades sufridas, lo malsano del nuevo clima, le expidieron un pasaporte para una segunda y espiritual reunión con Guálter...

CAPÍTULO PRIMERO

En las entrañas del transatlántico. — Una amistad en las sombras. — Un mujericidio inespereado. — La rata salvadora. — ¡¡¡Tierra!!!

¡Desdichado Ludovico de Bechamel! Tierna criatura, que a los cinco años, a esa edad en que no ha salido la muela del juicio ni se requiere cédula personal, se encontraba completamente huérfano.

Sin hogar, sin padres, vagaba por las calles de la gran urbe, entregada a la sazón a un tráfico incesante.

Insensiblemente se encontró en el puerto, que en aquella hora una multitud cosmopolita invadía por completo.

Se detuvo junto al muelle. Frente a él, un vapor de matrícula andorrana, *El Heligábalo*, tragaba sin cesar toneladas de carga. ¡Y qué carga! El niño miraba embelesado los cerros de verduras, las pirámides de frutas, las montañas de sacos de azúcar, que al ser izados al buque parecían jugar irónicamente al higuí.

¡Y él, que estaba con una gamba y medio bollo suizo desde hacía tres días!... Se sintió desfallecer, sus piernas se doblaron en tirabuzón, y...

✻ ✻ ✻



Al volver en sí, quiso preguntar: «¿Dónde estoy?», y no pudo. Las uñas y el cabello se le pusieron de punta.

Tinieblas impenetrables le cercaban. Todo a su alrededor trepidaba con horrible estruendo. Pensó si estaría en una casa moderna, frente a la cual pasara un autocamión.

Palpó en torno suyo, y su mano acarició gran cantidad de pequeñas esferas ornamentadas de un remate peliforme. Lo comprendió todo, y se echó a llorar. Estaba entre un cargamento de cebollas.

A pesar de la obscuridad, un rayo de luz iluminó su cerebro. La debilidad, privándole de sentido, le había hecho caer sobre el cargamento que esperaba embarque, y fué transportado a la bodega sin enterarse los cargadores.

¡El Heliogábalo se lo había tragado!

¿Cuánto tiempo transcurriría así? ¡Ah! ¿Quién sería capaz de contestar tan desgarradora interrogación?

Sintió un ruido que se acercaba, más tarde algo como un gemido, y muy próximo ya un frotamiento, un roce continuado. Extendió la mano, y pudo asir un largo y angosto cilindro cubierto de pelo fino, sedoso... Ludovico estaba desconcertado: no recordaba nada de cuanto había visto antes. Continuó explorando. El apéndice iba en aumento, formando un cuerpo blanduzco, fofo, con finas patas, que terminaba en una cabeza de hociquito afilado, decorado por un bigote de tenorino. El niño acarició aquel ser que venía a ser su compañero de prisión. Al acariciarlo echó chispas. Le tocó nuevamente el bigote, que encontró enredado en las hojas secas de una cebolla. Entonces se explicó las chispas, y con la paciencia de un hábil coiffeur fué librando al leve mostacho del molesto cautiverio.

La rata, jera una rata!, no dió un suspiro porque no podía darlo; pero era indudable que había contraído una deuda de

gratitud. Hizo algunos mimos al pequeño, y se alejó. Ludovico sintió arañar insistentemente en alguna madera que debía encontrarse sobre su cabeza.

Al poco tiempo, un rectángulo de luz alumbró un poco la estancia. Por una escalera que parecía descender de aquella claridad avanzó un bulto, un hombre, sin duda, que bajaba de dos en dos los escalones.

— ¡Salchichón de ministro! ¡Ventre de concejal! ¡Higados de alcalde! ¡Animal maldito — decía —, me has clavado los dientes hasta el hueso!

Se detuvo frente al niño. Era un lobo, un zorro al menos, de mar. Le contempló un instante. Soltó algún terno, varios tacos y hasta bolas de billar.

— ¿Tú eres un Bechamel? — dijo.

Ludovico, atemorizado, guardaba silencio.

— Sí, no puedes negarlo — agregó —; te pareces a tu padre o un primo de él, por lo menos, como dos gotas de Cazalla.

Le tomó en sus brazos, mirándole enternecido.

— Tendrás hambre, ¡por vida de San Emerenciano, virgen y mártir!

Y acompañando la acción a la palabra, sacó del bolsillo una lata de sardinas recién pescada... en la cantina, una galleta, y se despidió del sorprendido niño, advirtiéndole que desde aquella noche, cuando viese que arrojaban un fósforo encendido por la trampa que le había servido de entrada, podría salir a pasear por cubierta; pero tomando precauciones para no ser descubierto.

✻ ✻ ✻

Llegó la noche, y la cerilla, como un cohete en miniatura, trazó su zigzag luminoso en la densa negrura de aquel antro.

Salió el pequeño ávido de aspirar el aire marino, salino y yodado.

Recordando las prevenciones de su protector, avanzó a gatas por la cubierta, salvando los mil obstáculos que se oponían a su paso: maromas, cables, emigrantes que dormían la borrachera, sillas de tijera plegadas o extendidas, parejas en camino de resolver el problema de la impenetrabilidad, huellas indudables del paso de mareados por aquellos lugares...

Llegó hasta la proa. Sobre la barandilla, una forma obesa y femenina se hallaba sentada en actitud abstraída.

Ludovico se encontraba próximo y frente a ella. ¿Cómo desaparecer sin ser visto? Volver por el camino que había traído significaba ser descubierto, al tener que abandonar la faja de sombra que le protegía. Pensó entonces pasar velozmente de babor a estribor. Iniciaba ya un trote largo, cuando un grito angustiado y convulso le detuvo.

La dama le contemplaba con ojos desorbitados, en los que se reflejaba el espanto más profundo; abrió los brazos, lanzó un ahogado gemido, y cayó al mar con el ímpetu de un aeroplano averiado.

Ludovico se abalanzó a la borda y pudo ver cómo las olas se abrían en un abrazo trágico para cerrarse después. El cuerpo, claro está, quedó entre los líquidos brazos.

Aterrado, escuchó el niño el gluglú que iba apagándose por momentos.

¡Infeliz criatura; por su causa, aquella respetable matrona había ido a hacer garantías al fondo del Pacífico!

Miró al cielo: una estrella paseaba su cola de fuego, como una escoba incandescente, por el firmamento. Nuestro desdichado héroe se mordió las uñas, y mordido a su vez por el remordimiento, olvidando las necesarias precauciones, se fué lentamente a su camaranchón. Eran las diez y cuarto y sereno.

(Se continuará.)

Anécdotas teatrales.

¡QUE NO TOQUEN!



EXISTÍA hace años un individuo que se dedicaba a mandar a los pueblos de la provincia de Madrid, en épocas de ferias, músicos para que tocasen en la plaza de toros y en el paseo principal, para que bailasen los mozos y las mozas, y para que diesen algún concierto en el teatro o en algún salón del Ayuntamiento.

El tal individuo adquirió tal popularidad, que en cuanto se acercaban las fiestas de una porción de pueblos, empezaba a recibir cartas de los alcaldes pidiéndole tantos músicos.

Le ocurrió una vez que le pidieron músicos de tres o cuatro pueblos al mismo tiempo. El pobre estaba desesperado, porque no contaba con tantos como le pedían, y no quería quedar mal con ninguno de los alcaldes.

— ¿Qué hacer? — se decía el pobre.

Hasta que se le ocurrió una idea salvadora: mandar a cada pueblo cuatro músicos, en vez de seis que correspondían a cada alcalde, y dos individuos con un instrumento (flauta, cornetín o lo que fuera), para que hiciesen como que tocaban.

Así lo hizo. Se marchó él al pueblo que le cogía más cerca de Madrid con los cuatro músicos de verdad y los otros dos falsificados, y se dispuso a pasar dos o tres días tan ricamente.

Llegó la tarde del concierto en el teatro, y nuestro hombre, que estaba sentado al lado del alcalde, se atrevió a preguntarle durante un intermedio:

— ¿Qué le parecen a usted los músicos que he traído hoy? Con franqueza, señor alcalde.

— ¿Con franqueza me lo pregunta usted? ¿Con franqueza?

— Con franqueza, sí, señor.

— Pues mire usted, la verdad: de los seis, cuatro tocan bien; pero he observado que hay dos muy holgazanes, que no tocan.

— ¿Quiere usted que le diga una cosa con toda franqueza, señor alcalde?

— Dígala usted.

— Pues que le pida usted a Dios que no toquen.

¡EL MAYOR!

Trabajaba en el teatro Español una compañía dramática, y entre los individuos que la formaban había un muchacho, llamado Angel Pérez, el cual, aunque sólo tenía un modestísimo sueldo, siempre vestía las obras

con mucho más decoro que los demás de su misma categoría.

Este muchacho, cuando se iba a poner en escena alguna obra de época, iba antes que nadie a casa del sastre, y hasta que no se lo probaba todo y lo dejaba apartado para el día de la función, no estaba contento.

Una noche se puso en la tablilla: «Mañana viernes, a la una, reparto de *Don Alvaro, o la fuerza del sino*. Toma parte toda la compañía.»

El bueno de Pérez leyó, como todos, la tablilla, y al día siguiente, a la una en punto, estaba paseándose por el foro del escenario, mientras llegaba el director.

Se repartió la obra, y Pérez fué *agraciado* con el papel de uno de los oficiales que salen en el quinto acto.

Una vez terminado el ensayo, salió Pérez precipitadamente a casa del sastre, con el objeto de probarse la ropa y dejarla ya apartada.

Llegó a la sastrería, y después de andar eligiendo, se decidió por fin por el traje que mejor le estaba. Ya iba a marcharse, cuando de pronto se le ocurrió preguntar al sastre:

— Diga usted, maestro: y con estos trajes, ¿qué sacamos en la cabeza?

— Un sombrero de tres picos — le respondió.

— Pues, entonces — dijo Pérez —, hágame usted el favor de sacar todos los sombreros que haya, para ver cuál de ellos me está mejor.

Sacó los sombreros el sastre, y ninguno estaba bien a su cabeza; así es que no pudo elegir, y se marchó en seguida a ver a su sombrerero, para preguntarle si él se comprometía a hacerle un sombrero de aquella forma.

Lo encontró en su tienda, le dibujó el sombrero, le indicó todos los detalles, y a los cuatro días recibía Pérez un flamante sombrero de tres picos, el cual no tenía más defecto, aunque era de la medida de la cabeza de Pérez, que el ser de un tamaño *triple*, por lo menos, que los sombreros que el sastre del teatro tenía que dar a los demás actores y comparsas que hacían los papeles de los demás oficiales.

Llegó la noche de la función, y todos los compañeros comentaban la enorme diferencia que había entre el sombrero de Pérez y los de los demás oficiales.

Terminó el quinto acto, y cuando en el sexto aparece don Alvaro preso, se presentó Pérez en escena con su enorme sombrero, y al hacer el saludo militar, poniéndose la mano en el mismo, y decir: «Mi capitán, ¡el mayor!», aquello fué el delirio: el público empezó a reír, y por poco no se acaba el acto.

¡DOS DUROS DE SUELDO!

Una de las molestias más angustiosas que sufren los primeros actores y directores de compañías teatrales, consiste en sortear las innumerables recomendaciones de gente que, habiendo agotado todo intento de colocación, y sin aptitudes para maldita de Dios la cosa, quieren asaltar el teatro como último baluarte.

Parece que el siguiente caso ocurrió en la compañía dramática que dirige el primer actor y director D. Francisco Morano.

Le recomendaron un meritorio, y atendiendo a la recomendación, Morano le admitió en la compañía, repartiéndole un papel que no tenía más que aparecer en escena y decir, dirigiéndose al propio Morano, que representaba el protagonista:

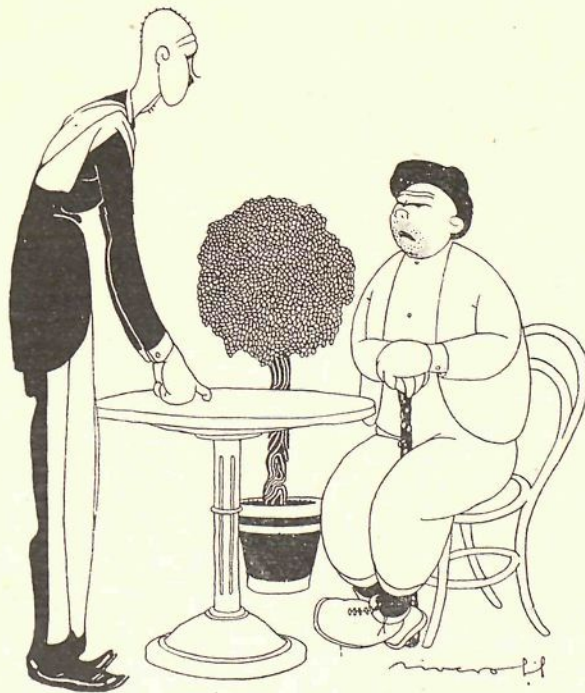
— Señor, el duque de Cunaquetut, que desea hablar con usted.

No había manera de que el nuevo hijo de Talía pronunciase tal nombre en ningún ensayo, y cada vez que llegaba la frase era una carcajada general.

Morano, con la paciencia necesaria, le decía una y otra vez:

— No se preocupe y fíjese, «Señor, el duque de Cunaquetut, que desea hablar con usted.»

No había manera. Al meritorio se le subía el pavo cada vez que llegaba la frase, y Morano se armaba de paciencia por quedar bien con la persona que



Dib. RIVERO GIL. — Melilla.

- ¿Qué va a ser?
- Una copa de anís.
- ¿Seco?
- No; con un poco de agua.

le había recomendado al personaje de nuestro cuento.

Ya era cosa esperada en los ensayos la llegada de la célebre frase, cuando una tarde el meritorio llamó aparte al Sr. Morano y, hablándole al corazón, le dijo:

— No tenga usted cuidado, que yo le juro que, cuando llegue el estreno, me sabré la frase de memoria.

Creyó Morano, al parecer, lo que el meritorio le decía, y llegó la noche del estreno.

Pero la sorpresa del primer actor no tuvo límites al llegar el criado y decirle resueltamente:

— Señor, un caballero desea hablar con usted.

Tragó Morano el paquete, como vulgarmente se dice; pero, no conformándose con que el ingenioso meritorio le ganase la mano, fijó en él la mirada y le dijo imperiosamente:

— Sal, y pregúntale cómo se llama.

Desapareció el meritorio, y ya estaba gozando Morano con los sudores que iba a pasar el pobre aspirante a primer actor, cuando, volviendo éste a salir, dijo con toda tranquilidad:

— Señor, dice el visitante que a nadie más que a usted puede decir su nombre.

El meritorio había vencido, y Morano, como premio a su sagacidad, le señaló gustoso dos duros de sueldo.

MANUEL VICO.



ANTONIO CASERO

LOS «FENÓMENOS»

Dib. CASERO. — Madrid.

— ¡Vaya un palizón que me dieron los mozos por huir del toro!...

— ¡Suerte!... ¡Estás empezando, y ya cobras!...

EN VOZ ALTA

EL CONFERENCIANTE

El auditorio le escuchaba, no ya con respeto atento, sino con unción, en la amplia sala de la Sociedad Protectora de Animales. Bebió el conferenciante un poco de agua y continuó:

— Pues sí, señoras y señores, como os he dicho ya, bueno que el hombre, la voracidad del hombre, llegue a sacrificar al toro (*Voces de: «¡No, no!»*), al toro que es criado en la dehesa largo tiempo; pero no en la plaza, criminalmente, sino en el matadero, por el procedimiento menos doloroso. Administrándole el cloroformo, por ejemplo... ¡Y hasta aquí podríamos llegar, podríamos transigir; pero con lo que nunca transigiremos es con que se sacrifique al buey, a ese noble animal, que, aunque se diferencia del toro, como el hombre de la mujer, en muy pequeña cosa, tan diferente es a él! El toro, la vida regalada en el campo; el buey, la vida sufrida, la vida de trabajo, aunque se diga que su trabajo marcha sobre ruedas... Pues bien: ¡pongámonos a que se sacrifique al buey! ¡Opongámonos con todas nuestras fuerzas, ¡sí, señores!; porque yo os digo que luego expenden su carne, y la carne de buey es, señores, la carne más dura que se conoce!...

(*Escándalo monumental. El auditorio obsequia al conferenciante con tomates, papas y pimientos colorados, como premio a su labor; cosa que no es de extrañar, pues se trata de un auditorio de vegetarianos.*)

LO QUE OCURRE EN ESOS CASOS...

Comisionado para ver a aquel Mecenas, del que se hacían lenguas sus compañeros de bohemia, Eudorico Gutiérrez volvió a la tertulia para dar cuenta de su misión.

— Y qué, ¿te ha recibido? — le preguntaron.

— ¡Hombre, pues no me iba a recibir!... Me abrió la puerta la criada. ¡Chicos, qué criada!...

— ¡Anda, anda, prosigue!...

— Pues, sí, me abrió la puerta y me pasó al despacho. ¡Vaya un despacho! ¡Y pensar que ese percebe tenga un despacho así!... La mesa, llena de *bibelots*; armas en la pared; cosas de valor, de gran valor artístico y financiero, en las vitrinas... ¡Chicos, me quedé de una pieza!...

— Pero bueno, ¿y qué? ¿Le operaste cuando salió?...

— Sí, hombre. Pero tardó en recibirme. Y yo, viéndome allí solo, en aquel despacho, ante tantas cosas, me ocurrió lo que ocurre en esos casos...: esto me llevo, esto no me llevo...; y a última hora he cogido estas chucherías...; ¿qué iba a hacer?...

TRISTÁN ALEGRÍA.

DEL BUEN HUMOR AJENO

VILLAVANA, por Alfonso Allais.

— ¡Ya me están fastidiando ustedes con tanto hablar de los grandes hombres!... ¿Acaso tengo yo la culpa de que no haya nacido ninguno en nuestro pueblo?

Y, furioso, el señor alcalde daba grandes puñetazos sobre el verde tapete de la mesa presidencial.

Esto sucedía en una sesión del Ayuntamiento de Villavana. A algunos ediles se les había metido en la cabeza que se debía erigir en el centro de la plaza Mayor un monumento, o por lo menos un busto de un gran hombre. Otros, menos exigentes, manifestaban que se darían por satisfechos con una buena lápida conmemorativa.

El señor alcalde había puesto gran empeño en descubrir un gran hombre nacido en Villavana; pero todas sus gestiones habían resultado infructíferas.

— No me hará usted creer — le gritaba uno de los más feroces concejales — que no ha nacido aquí ni un solo gran hombre desde el año 249, en que se fundó esta villa. Además, durante la guerra de la Independencia, Villavana tuvo una gran importancia.

— No le digo a usted que no — respondió el pobre alcalde —; pero yo no tengo noticia de ningún gran hombre nacido en nuestra villa, y creo que esto no es motivo suficiente para desesperarse. Un pueblo puede pasar muy bien sin estatuas.

— Sin estatuas, puede ser; pero sin lápidas conmemorativas, no. Como buen ciudadano, me es imposible soportar que en Villavana, mi querido pueblo natal, no haya ni una sola lápida conmemorativa, una de esas lápidas que se encuentran a docenas hasta en los poblados de trescientos habitantes.

— ¡En efecto, es intolerable! — apoyó la inmensa mayoría de los ediles.

— Si se buscara en los archivos, quizás se encontrase algún héroe de siglos pasados digno del mármol o del bronce.

— ¡Es una buena idea!...

El secretario del Ayuntamiento fué encargado de esta

ardua, delicada y penosa misión, a la que dedicó dos meses largos.

El resultado fué negativo. El único personaje, vagamente notorio, nacido en Villavana, era un tal Pero Gómez, que llegó a ocupar algunos cargos pa-

latinos. Mas este individuo había entregado Villavana a los árabes por cierta cantidad de dinero, y los ediles no creyeron conveniente perpetuar la memoria de este caballero tan leal.

Todos los villavanos quedaron tristes y cariacontencidos. ¡Ni una lápida, señor, ni siquiera una!

En la sesión siguiente, un concejal se levantó muy grave y propuso:

— Señores concejales, ¿queréis confiar en mí? Nuestra villa tendrá su lápida, y el acto de su descubrimiento se celebrará el domingo, a lo más tardar.

Se convino en confiarse al misterioso edil. ¡Parecía tan seguro de sí!...



En un coquetón hotelito de Villavana vivía un anciano y retirado general de brigada, señor don Juan Francisco Augusto González, que había ido allí a vivir tranquilamente de su retiro.

Al domingo siguiente, el general González observó que una gran muchedumbre se estacionaba ante su puerta. Después llegaron el alcalde y las demás autoridades, y se quedaron frente a su casa como si le esperasen.

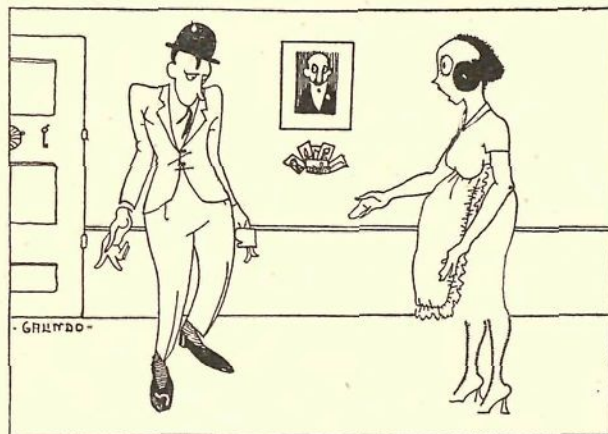
El general se asomó al balcón, y no más aparecer, la charanga municipal comenzó a ejecutar la *Marcha Real*. Todas las cabezas se vieron libres de gorras y sombreros, respetuosamente.

Y el alcalde, sin decir palabra, pero visiblemente emocionado, dirigió, con su dedo tendido, la mirada del general hacia una placa de mármol, recientemente colocada al lado de la puerta. En letras doradas, la lápida decía así:

En esta casa morirá nuestro ilustre vecino el excelentísimo señor don Juan Francisco Augusto González, pundonoroso y digno general del Ejército español.

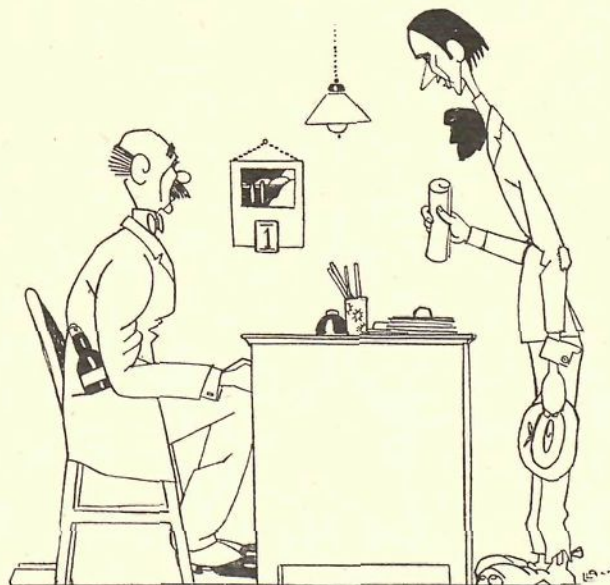
El excelentísimo señor don Juan Francisco Augusto González, general del heroico Ejército español, no cree que nadie se asombrará al saber que anuncia la venta de la casa... sin la lápida.

A. G.



Dib. GALINDO. — Madrid.

— Pero ¿de dónde vienes a estas horas?
— De una sesión de espiritismo. He estado en comunicación con el espíritu de tu padre.
— ¿Sí, eh?... ¡Con quien has estado tú en comunicación ha sido con el espíritu de vino!...



EN LA REDACCIÓN

Dib. LLANO. — Madrid.

— Señor director, le suplico me admita este artículo, pues de lo contrario no podré comer.
— ¡Ah, vamos!... ¡Este artículo es para usted de primera necesidad!...

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

F. R. M. Zaragoza. — Sí, señor; hemos dicho más de mil veces que en nuestra Administración, todos los viernes, de cuatro a seis de la tarde, pagamos todos los originales publicados.

T. A. Madrid. — El último dibujo recibido tiene un chiste conocidísimo.

F. de G. Porcuna. — Los dibujos no nos gustan, y lo sentimos. El sobre, en cambio, nos ha vuelto locos, y lo guardaremos en nuestro archivo de cosas notables.

J. M. V. e I. Madrid. — ¡Amos, anda!... ¡Si eso es más viejo que los toros de Guisandol!...

F. S. de Y. — Son muchas tonterías para un hombre solo.

E. R. M. Madrid. — Su cuento *El ingenio de un maestro* nos hizo más gracia cuando, hace muchos años, lo leímos en *Gente Menuda* (entonces nuestro periódico favorito), firmado por otro señor. Nadie como usted para resucitar cuentos ajenos. Casi, casi es eso *levantar muertos*. Total: *una mala postura. ¡No va más!*

Benevere. Las Arenas. — No tiene usted idea, amigo, de lo que es hacer cuentos, y menos aun de cómo se escriben las cosas para la imprenta, que, desde luego, no es en letra piojosa y escrito por las dos caras.

Mañico. Madrid. — ¡No, por Dios! ¿Cómo vamos a querer publicar cuentos baturros?...

Faggio. Madrid. — Está usted mejor que el anterior y puede hacer cosas buenas. La de hoy es muy floja.

N. Madrid. — Se percibe que empieza usted. Como hay soltura en la expresión, debe usted seguir trabajando. Cuando conciba alguna cosa graciosa, de más gracia que ésta de hoy, mándenosla.

E. H. M. Madrid. — Es un asunto repugnante. Para complacerle, daremos un trocito de los más ingeniosos de su cuento: «Esto fao, digo esto fué en una noche cruda del mes de enero, al dar sonoramente las doce en el reloj de la *cuca*, no ha de ser siempre del *cuco*...» ¿Hay gracia, o no?

Un Lector Asiduo. — Imposible publicar una tirada de versos de una gracia tan poco graciosa. Sentimos mucho no poder complacerle.

B. A. Torrijos. — ¡Usted sí que es *chavacanol*!...

Wood. Madrid. — Einstein nos dice que todo es relativo; la gracia de lo suyo es un ejemplo. Esto no debe desanimarle. Búsquese un asunto propio, y hará usted, sin duda, algo mejor.

E. F. G. Madrid. — Ya se nota que no ha intentado usted escribir nunca. Debe seguir no intentándolo, ya que tiene usted un camino distinto.

C. R. Madrid. — ¡Aquí está ya la verdadera poesía filosófica, cuyo secreto pareció haberse llevado a la tumba el ilustre Campoamor!

«¡ASÍ ACABAN LAS GLORIAS
DE ESTE MUNDO!...»

»Se llamaba Grach Rech y fué un valiente, alma esforzada, corazón de acero; un heroico soldado, un caballero, llena de lauros la gloriosa frente.

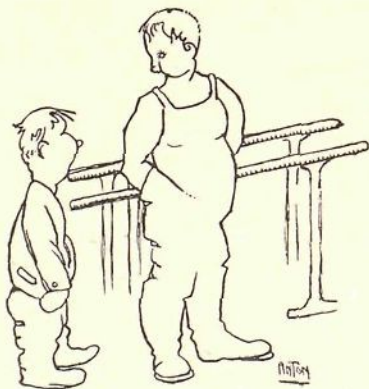
»Como todo hombre audaz, era imprudente, y su carácter brusco y pendenciero le hizo desafiar al mundo entero y cobrar el barato entre la gente.

»En un lance, Grach Rech se quedó cojo, y en empeñada riña perdió un ojo...; fué, al fin, de la miseria el triste blanco; y aunque tuvo más leyes que un califa, ¡hoy recorre las calles cojitranco, vendiendo papeletas de una rifa!»

Es verdaderamente conmovedor el triste caso de ese señor de nombre de estornudo. Para darse una idea más exacta de su decadencia, el autor debía indicar qué

Estamos preparando las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR.

Oportunamente anunciaremos la fecha en que se pondrán a la venta.



Dib. ANTÓN. — Valencia.

— ¿Por qué no haces paralelas?
— Porque ha dicho el maestro que las paralelas no se tocan.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

era lo que rifaba el desgraciado Rech. Acaso fuese el «corazón de acero» del segundo verso...

A. D. — ¡Y que usted se mejore!...

Ig-pa-mi-ma. — ¡Pa mi que está usted trastrocadillo!...

B. K. S. — ¡Usted es uno que hacía aleluyas de crímenes! ¿No?... ¡Pues lo parecía! No merece usted ni los tres duros fal-

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

dos de uno de sus engendros. ¿Hacen dos perras gordas de Napoleón III que componen nuestra colección numismática?

A uno de Santander que nos manda unas «Postales interesantes» que no lo son. — No sirven.

Habsurdo. Madrid. — ¡Los hay bestias!...

B. M. Paiporta. Valencia. — ¡Amos, anda! ¡Para que le metan a usted en la cárcel! Aunque parezca broma, nos envía una triste *Barcarola*, que emociona desde el principio, que dice así:

«Anochecer de un espléndido día de otoño.

»La Luna riela en las aguas de un estanque, formando una cinta de plata.

»Los pájaros, buscando sus nidos, saludan a la noche con sus más alegres trinos.

»El viento, al agitar silbando las desnudas ramas de los árboles, también saluda a la noche...»

¡Buenas noches, señores!

E. J. Málaga. — Están bien sus *modestos* *tares*; pero no encajan en la índole de nuestra revista: son demasiado tristes.

Chapi (seudónimo). Madrid. — No le vemos la gracia por ninguna parte.

Hado-quin. Madrid. En *Los caciques*, de Arniches, hay una cosa ¡tan parecida!... En el *Nuevo Mundo* se publicó otra cosa igual a lo de *Cambio de suerte*.

R. M. G. — Comprenderá usted que no nos faltan razones para dejar de editar su *Edito*.

Hamed Ab-Mi-Prin. Melilla. — Vale muy poco. Además, no sabemos por qué dirige usted la carta a nuestro compañero el Sr. Polo, que no es director de la revista. Otra vez será. Usted es de los que insisten.

J. B. H. Málaga. — Es una estupidez sucia y ramplona. ¿He dicho algo?

M.º Chales. — ¡Y que lo diga usted!...

A. G. S. Sevilla. — El niño «bien» está mal, rematadamente mal.

M. S. M. Madrid. — El cuento vale poco; pero usted se desquitará. ¿Cómo le va en el matrimonio?

Vinuesa. Granada. — El apellido que usted tiene le obliga a hacerlo muy bien. Si no, es perder el tiempo. Este artículo, como primer ensayo, no está mal.

B. G. El Escorial. — Va usted mejorando.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS. SOLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. **Rhum Belleza Fuera canas.** A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño obscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Dib. PÉREZ MUÑOZ. — Madrid.

- Corre mucho aire aquí. ¿Verdad, rico?
- Claro. ¡Con todos esos ventiladores!

Ayuntamiento de Madrid